

Simenon

# Maigret

A la cita de los Terranovas



Un mundo de novela ... [www.miscolecciones.org](http://www.miscolecciones.org)

**Un mundo de novela ...**  
**[www.miscolecciones.org](http://www.miscolecciones.org)**



Esta novela que ahora se comparte en ePubLibre.org fue escrita por Georges Simenon a bordo de *l'Ostrogoth*, Morsang-sur-Seine (Seine-et-Marne) en julio de 1931.

El comisario Maigret se enfrenta al misterioso asesinato del capitán del «Océan», un barco francés que ha vuelto de una desastrosa campaña que ha durado tres meses.

Octave Fallut, capitán de la trainera «Océan», ha sido descubierto estrangulado, en un estanque del puerto de Fécamp. El telegrafista Pierre Le Clinche, que se fue visto vagabundeando por los alrededores del barco, es sospechoso. Maigret es informado sobre el asunto a través de un antiguo amigo, maestro de escuela en Quimper, que le pide que pruebe la inocencia de Le Clinche. Rápidamente el comisario descubre la presencia de una mujer a bordo del barco en el momento de la última campaña de pesca: durante tres meses, el capitán escondió a Adela, su maestra, en su cabina.

Esta situación engendró ciertos celos mezclados con desconfianza entre el capitán, el jefe-mecánico y el telegrafista, puesto al tanto de la presencia de una mujer a bordo. A pesar de la vigilancia de Fallut el joven Le Clinche mantuvo con Adela una sola vez relaciones íntimas, que van a obsesionarle durante toda la campaña de pesca. Tras un careo entre Le Clinche, Adela y Gastón Buzier, también él sospechoso, Le Clinche es puesto en libertad por falta de pruebas. Maigret entonces se hace cargo del joven y lo conduce hasta Marie Léonnet, su novia. En la terraza del hotel donde se reunieron aparece Adela, que trata, por celos, de provocar un escándalo. Como resultado Le Clinche realiza una tentativa de suicidio.

Al quedar el asunto poco claro, Maigret intenta reconstruir la atmósfera de la campaña de pesca a bordo de «Océan», y deduce de eso que el drama se desencadenó el tercer día, en el momento de la muerte de Jean-Marie, el nuevo grumete. Interrogado en el hospital, Clinche revela por fin la fuente del drama; habiendo descubierto la existencia de Adela, el grumete amenazó al capitán con revelar su secreto a la tripulación. En la lucha que resultó, el

capitán provocó la caída de Jean-Marie, que se rompió el cráneo sobre un cabrestante. Cuidadoso de mantener la disciplina y su reputación, Octave Fallut impuso silencio al único testigo, Le Clinche, y pretendió que el grumete había sido llevado por una lámina. Para la llegada al puerto, siempre obsesionado por el recuerdo de Adela y para vengarse del «exclusivismo» de Octave Fallut, Le Clinche le reconoció al padre del grumete que éste había sido asesinado por el capitán. El padre estranguló a este último. En posesión de todos los datos, Maigret decide sin embargo no divulgarlos y clasificar el caso.

Georges Simenon

# **A la cita de los Terranovas**

**Comisario Maigret - 9**

Título original: *Au Rendez-Vous des Terre-Neuvas*  
Georges Simenon, 1931  
Traducción: Ramón Hervás

Editor digital: armaurumque  
Corrección de erratas: lector\_número\_13



## Índice de contenido

Cubierta

A la cita de los Terranovas

1. El hombre que comía cristal
2. Los zapatos amarillos
3. El retrato sin cabeza
4. Bajo el signo de la cólera
5. Adela y su compañero
6. Los tres inocentes
7. En familia
8. El marinero borracho
9. Dos hombres sobre el puente
10. Los acontecimientos del tercer día
11. La partida del «Océan»

# CAPÍTULO UNO

## EL HOMBRE QUE COMÍA CRISTAL

Es el mejor chico del pueblo, y su madre, que sólo tiene a él, moriría del disgusto. Tengo la certeza, como todo el mundo aquí, de que es inocente. Pero los marineros a los que he hablado aseguran que será condenado porque los tribunales civiles nunca han comprendido las cosas del mar...

Haz lo que puedas, como si fuera para ti mismo. He sabido por los periódicos que eres una alta personalidad de la Policía Judicial y...

Era una mañana de junio. Madame Maigret, en el piso del bulevar Richard-Lenoir, con las ventanas abiertas de par en par, terminaba de llenar unas grandes maletas de mimbre, y Maigret, el cuello desabrochado, sin corbata, leía a media voz.

—¿De quién es?

—De Jorissen. Fuimos juntos a la escuela. Es ahora profesor de Quimper... ¿Tienes mucho interés en que pasemos nuestros ocho días de vacaciones en Alsacia?

Madame Maigret le mira sin comprender, tan inesperada es la pregunta. Hacía veinte años que, invariablemente, pasaban sus vacaciones en casa de unos parientes, en un pueblecito del Este.

—¿Qué te parece si fuéramos al mar?

Maigret se pone a releer a media voz algunos pasajes de la carta:

Estás en mejor situación que yo para obtener información precisa. En resumen, Pierre Le Clinche, un chico de veinte años y que ha sido alumno, se embarcó hace tres meses a bordo del «Océan», una trainera de Fécamp que pesca bacalao en Terranova. El barco entró en el puerto anteayer. Algunas horas después se descubría el cadáver del capitán en la dársena, y todos los indicios hacen suponer un crimen. Y es a Pierre Le Clinche a quien han arrestado...



—No estaremos peor en Fécamp para descansar que en cualquier otra parte  
—suspira Maigret sin entusiasmo.

Hubo resistencia. Madame Maigret, en Alsacia, estaba en familia; ayudaba a preparar las confituras y el licor de ciruelas. La idea de vivir en un hotel, en la playa, en compañía de otros parisienses, la asustaba.

—¿Qué haré durante todo el día?

Al fin, resignada, se llevó sus labores de costura y ganchillo.

—Pero no me pidas que tome baños. Prefiero advertírtelo desde ahora.

Llegaron a las cinco al Hotel de la Playa, donde Madame Maigret se puso en seguida a arreglarse la habitación a su gusto. Después, cenaron.

Y ahora, Maigret, solo, empujaba la puerta de cristal esmerilado de un café del puerto: «A la cita de los Terranova».

Frente al café, al costado del muelle, estaba amarrada la trainera «Océan», cerca de una hilera de vagones. A la luz cruda de las lámparas de acetileno colgadas de las jarcias, algunos tripulantes descargaban el bacalao, pasándolo de mano en mano hasta que se amontonaba en los vagones, después de haberlo pesado.

Eran unos diez los que trabajaban, hombres y mujeres, sucios, rotos, saturados de sal. Ante la báscula, un joven muy limpio, el sombrero de paja ladeado sobre la oreja, con un bloc en la mano, anotaba cada pesada.

Un olor rancio, asqueante, que no se atenuaba al alejarse de allí, se infiltraba en la taberna y se hacía más denso aún por el calor.

Maigret se sentó en un taburete, en un hueco libre. Era como penetrar en plena algarabía y barullo. Hombres de pie, otros sentados, marineros todos. Vasos sobre el mármol de las mesas.

—¿Qué será?

—Una caña de cerveza.

Antes de que la camarera se aleje, aparece el patrón, sonriendo con complicidad.

—¿Sabe que tengo al lado otro salón para los turistas? ¡Aquí hacen tanto ruido!

Le guiña un ojo a Maigret.

—Después de tres meses en alta mar, se comprende.

—¿Es la tripulación del «Océan»?

—La mayoría. Los otros bacaladeros no han entrado todavía. Pero no hay que hacerles caso. Hay que llevar tres días borrachos... ¿Se queda usted aquí? Apuesto a que es usted pintor. Vienen de vez en cuando a tomar apuntes. Mire, hasta hubo uno que me hizo un retrato, allí, encima del mostrador.

Pero Maigret no corea la charlatanería del patrón, que, desconcertado, acaba por alejarse.

—Diez céntimos. ¿Quién tiene una pieza de bronce de diez céntimos?, — gritaba un marinero ni más alto ni más grueso que un chaval de dieciséis años.

Su cabeza era vieja, los rasgos irregulares. Le faltaban dientes. La borrachera le hacía brillar los ojos y una barba de tres días le tapaba las mejillas.

Le dieron una moneda. La dobló en dos apretando con los dedos y se la metió entre los dientes partiéndola.

—¿A quién le toca?

Presume. Se siente el centro de la atención general y es capaz de hacer cualquier cosa para mantenerla.

Como un mecánico de rostro abultado tomaba una moneda, intervino:

—¡Espera! Hay que hacer esto también.

Tomó un vaso vacío y le pegó un buen mordisco. Se pone a masticar el vidrio parodiando la satisfacción de un *gourmet*.

—¡Hala! ¡Hala! Podéis probarlo también... Ponnos de beber, León. Lanza a su alrededor una mirada de chulo que se detiene sobre el comisario. Sus cejas se fruncen.

Por un instante, pierde toda serenidad y parece desamparado. Avanza unos pasos, apoyándose en una mesa, tan borracho estaba.

—¿Es por mí? —pregunta fanfarrón.

—Tranquilo, Ptit Louis.

—¿Aún el rollo de la cartera? Oíd, vosotros. No queríais creerme cuando os contaba mis andanzas en la calle de Lappe. Pues bien. Aquí está un «poli» de rango que se molesta por esta pulga... ¿Me permite que beba un trago?

Ahora todos observaban a Maigret.

—Siéntate aquí, Ptit Louise. No hagas el idiota.

El hombrecillo se echa a reír.

—¿Me ofreces un cristal? No. ¡No es posible! ¿Permitís, muchachos? El señor comisario me paga una copa. Lo mejor que tengas, León.

—¿Estabas a bordo del «Océan»?

Cambió visiblemente. Ptit Louis, se entristeció hasta tal punto que podía creerse que su borrachera desaparecía. Retrocedió un poco, desconfiado, sobre la banqueta.

—¿Y qué?

—Nada. A tu salud. ¿Hace mucho que estás borracho?

—Hace tres días que estamos de juerga. Desde que embarcamos, claro. He dado todo mi dinero a León. Novecientos francos y pico. ¡Mientras quede! ¿Cuánto me queda, León, viejo granuja?

—Seguramente no lo bastante para que puedas seguir pagando rondas hasta mañana. Unos cincuenta francos... ¿No es desgracia, señor comisario? Mañana no tendrá un céntimo y se verá obligado a embarcarse en un barco cualquiera como pañolero. ¡Y siempre es lo mismo! Fíjese que yo no les empujo a gastar, al contrario.

—¡Bocazas!

Los otros habían perdido la animación. Hablaban en voz baja, volviéndose sin cesar hacia la mesa del comisario.

—¿Son todos del «Océan»?

—Menos el gordo de la gorra, que es piloto, y ese pelirrojo que es carpintero marítimo.

—Cuéntame lo ocurrido.

—No tengo nada que decir.

—Cuidado, Ptit Louis. No olvides el golpe de la cartera, cuando comías vidrio en la Bastilla.

—Eso no me valdrá más que tres meses y necesito reposo. Si quiere, me lleva ahora mismo.

—¿Trabajas en las máquinas?

—Claro. Como siempre. Estaba de segundo fogonero.

—¿Viste a menudo al capitán?

—Dos veces, quizás.

—¿Y al telegrafista?

—No sé.

—León. Llene los vasos.

Ptit Louis tuvo una risa desdeñosa.

—Aunque estuviera más borracho que una cuba, no diría más que lo que quisiera decir. Pero ya que se siente generoso, ofrezca también una ronda a los compañeros... ¡Después de una cochina campaña como ésta!

Un marinero que no tendría más de veinte años se acercó con disimulo y tiró a Ptit de la manga y se pusieron a hablar en bretón.

—¿Qué dice?

—Que ya es hora de que vaya a acostarme.

—¿Es amigo tuyo?

Ptit Louis se encogió de hombros y como el otro quisiera quitarle el vaso, se lo bebió de golpe, como un reto.

El bretón tenía espesas cejas y melena ondulada.

—Siéntate con nosotros —le dijo Maigret.

Sin contestar, el marinero fue a sentarse a otra mesa y continuó mirando a los dos hombres. La atmósfera era pesada, salobre. Se oían las fichas de los veraneantes, jugando al dominó, en la sala vecina, más limpia y más clara.

—¿Mucho bacalao? —pregunta Maigret, que seguía con su idea con la tenacidad de un taladro mecánico.

—¡Una porquería! Ha llegado medio podrido.

—¿Por qué?

—Poco salado... ¡O demasiado! Una porquería, vamos. Ni la tercera parte reembarcará la semana próxima.

—¿Se hace otra vez a la mar el «Océan»?

—¡Claro! ¿De qué le sirven sino las máquinas? Los veleros no hacen más que una campaña, de febrero a septiembre. Pero las traineras tienen mucho tiempo de ir dos veces a los bancos.

—¿Volverás?

—Lo mismo me daría ir a Fresnes. ¡Una cerdada!

—¿Y el capitán?

—No tengo nada que decir.

Había encendido una colilla de cigarro que llevaba. Tuvo un sobresalto y se precipitó hacia la calle, donde se le vio vomitar, de pie, al borde de la acera, donde le alcanza el bretón.

—¡Si no es desgracia! —suspiró el dueño del café—. Anteayer tenía cerca de mil francos y hoy casi me debe dinero. Come ostras y langostas, sin contar que convida a beber a todo el mundo, como si no supiera qué hacer de su dinero.

—¿Conocía usted al telegrafista del «Océan»?

—Dormía aquí. Comía en esa mesa y después se iba a escribir a la otra sala, para estar más tranquilo.

—¿Escribir?

—Sí, pero no crea que sólo eran cartas. También poesía o novelas... Un chico instruido y bien educado. Ahora que sé que es usted policía, puedo decirle que han cometido un error al...

—Error o no, eso no impide que el capitán haya sido asesinado.

El patrón se encoge de hombros y se sienta delante de Maigret. Ptit Louis, que entraba, se dirigió al mostrador y pidió de beber. Su compañero, en bretón, seguía recomendándole calma.

—No les haga caso. Una vez en tierra, son así. Beben, gritan, se pegan, rompen cristales... Pero a bordo trabajan como ninguno. Hasta el mismo Ptit Louis. El jefe de máquinas del «Océan» me decía ayer mismo que hace la faena de dos hombres. En alta mar, les saltó una junta de la caldera. Era una reparación peligrosa. Nadie quería acercarse. Fue Ptit Louis quien se encargó de ello. Cuando no se les deja beber...

León bajó la voz desconfiadamente.

—Quizás esta vez tienen otros motivos para emborracharse. No le han dicho nada a usted porque no es del mar. La gente de tierra adentro no entiende estas cosas... Yo les oigo hablar. Yo fui piloto. Hay cosas...

—¿Cosas?

—Es difícil de explicar. Usted sabe que no hay bastantes pescadores en Fécamp para todas las traineras. Les hacen venir de Bretaña. Esos mozos tienen sus ideas, son supersticiosos.

Hablaba más bajo aún, con voz apenas perceptible.

—Parece que esta vez tenían mal de ojo. Empezó en el puerto, antes de salir. Un marinero había subido a un mástil para despedirse de su mujer. Se sujetaba a un cable, se rompió, y se estrelló contra el puente. Una pierna hecha polvo. Tuvieron que traerle a tierra en un bote. Y un grumete que no quería partir, lloraba y gritaba... ¿Sabe? Tres días después, telegrafiaban que lo había arrastrado una ola. ¡Un crío de quince años! Rubito, juncal y casi con un nombre de chica: Jean-Marie... Y lo demás... Sírvenos calvados, Julie; la botella de la derecha... ¡No! Ésa no. La del tapón de cristal.

—¿Continuó el mal de ojo?

—Yo no sé nada preciso. Parece que todos tienen miedo de hablar de ello. Pero si el telegrafista ha sido detenido es porque la policía se ha enterado de que durante toda la campaña él y el capitán no se han dirigido la palabra. Parecían el perro y el gato.

—¿Y qué más?

—Cosas. Cosas que no quieren decir nada. Mire. Fue el capitán quien ordenó echar la traína en una zona donde jamás se ha visto bacalao. Tuvo una disputa con el patrón de pesca, que se negaba a obedecer. Tuvo que echar mano de su revólver... Andaban como locos. No han cogido ni una tonelada de pescado en un mes y, de repente, la pesca fue buena. Y eso no impide que el bacalao haya tenido que ser vendido a mitad de precio pues estaba mal sazonado. Y, encima, hasta la entrada en el puerto. Dos falsas maniobras y echaron una lancha a pique. ¡Como si tuvieran una maldición! El capitán dio franco a todos los hombres y, sin poner a nadie de guardia, se quedó solo, a bordo.

»Serían las nueve de la tarde. Estaban todos aquí, bebiendo. El telegrafista subió a su cuarto y luego salió. Se le vio dirigirse hacia el barco...

»Y fue entonces cuando ocurrió... Un pescador que se disponía a partir, oyó un ruido de algo cayendo al agua.

»Corrió hacia el lugar, acompañado de un aduanero que encontró en el camino. Encendieron una linterna... Había un cuerpo en la dársena, trabado en la cadena del ancla el "Océan".

»El capitán. Lo subieron muerto. Le hicieron la respiración artificial... Era incomprensible, pues no llevaba ni diez minutos en el agua...

»Fue el doctor quien explicó la cosa: parece que le habían estrangulado “antes”... ¿Se da cuenta? Y al telegrafista lo encontraron en su cabina, situada detrás de la chimenea. Puede usted verla desde aquí.

»Los agentes que vinieron aquí a registrar su habitación, encontraron papeles quemados. ¿Comprende usted algo? Dos calvados, Julie. ¡A su salud!

Ptit Louis, cada vez más excitado, había agarrado una silla con los dientes y, en medio de un corro de marineros, la levantaba horizontalmente, desafiando a Maigret con la mirada.

—¿El capitán era de aquí? —preguntó el comisario.

—Sí. Un hombre raro. Apenas más alto y más ancho que Ptit Louis. Siempre atento, siempre amable. Muy peripuesto. Creo que nunca ha pisado el café. No estaba casado y se hospedaba en casa de una viuda, la mujer de un funcionario de aduanas, en la calle de Etretat. Se rumoreaba que eso terminaría en boda. Hace quince años que hacía la campaña de Terranova, siempre para la misma compañía: «La Morue Francaise»... El capitán Fallut, para llamarlo por su nombre. Y ahora están en un aprieto para enviar de nuevo al «Océan» a los bancos. No tienen capitán. Y la mitad de la tripulación no quiere reembarcarse.

—No es difícil comprenderlo: el mal de ojo, como ya le he dicho. Será cuestión de desaparecer el barco hasta el año próximo. Sin contar que la Policía ha rogado a los tripulantes que permanezcan aquí, a su disposición.

—¿El telegrafista está preso?

—Sí. Se lo llevaron aquella misma noche, esposado y todo. Yo estaba en la puerta. Prefiero decirle la verdad: mi mujer lloró. Y a mí también me apenó, aunque el chico no fuese un cliente extraordinario. Le hacía precios especiales. Casi no bebía.

Les interrumpió un súbito alboroto. Ptit Louis se lanzó contra el bretón, sin duda porque éste se obstinaba en impedirle que bebiera. Los dos rodaron por el suelo. Los demás se apartaron.

Fue Maigret quien los separó, levantándolos materialmente, uno de cada mano.

—¿Qué? ¿Nos vamos a romper la nariz?

El incidente fue breve. Pero el bretón, que tenía las manos libres, sacó una navaja del bolsillo, pero el comisario, que se dio cuenta a tiempo, pudo

lanzarle un puntapié que le mandó dos metros más allá.

El zapato le alcanzó en la barbilla y comenzó a sangrar.

Ptit Louis se precipitó sobre su compañero y, borracho y atontado aún, se pone a pedirle perdón.

León se acerca a Maigret, reloj en mano.

—Es hora de cerrar. Si no, vamos a ver llegar a los guardias. Todas las noches la misma función. Es imposible echarlos.

—¿Pasan la noche a bordo del «Océan»?

—Sí. Aunque algunos no, como pasó ayer, que dos de ellos se quedaron tumbados en la calle. Los encontré esta mañana al abrir los cierres.

La camarera recogía los vasos de las mesas. Los hombres se iban en grupitos de tres o cuatro. Sólo el bretón y Ptit Louis no se movían.

—¿Quiere una habitación? —pregunta León a Maigret.

—Gracias. Me alojo en el Hotel de la Playa.

—Oiga...

—¿Qué?

—No es que quiera darle un consejo... Eso no es cosa mía... Sólo que teníamos afecto al telegrafista. Creo que no sería mala cosa buscar a la mujer, como dicen en las novelas... He oído cuchichear ciertas cosas.

—¿Pierre Le Clinche tenía una amante?

—¿Él? No, hombre. Tiene novia en su pueblo y cada día le enviaba una carta de seis páginas.

—Entonces, ¿quién?

—No lo sé. Es más complicado de lo que parece y...

—¿Y?

—Nada. Sé razonable, Ptit Louis y vete a acostar.

Pero Ptit Louis estaba ya en un estado de embriaguez demasiado avanzado. Se lamentaba y se abrazaba a su compañero cuya barbilla seguía sangrando, pidiéndole perdón.

Maigret salió, las manos en los bolsillos, el cuello levantado. El aire era fresco ahora.

En el vestíbulo del Hotel de la Playa, vio a una muchacha sentada en un sillón de mimbre. Un hombre se levantaba de otro sillón y le sonríe un poco turbado.



Era Jorissen, el profesor de Quimper. Hacía quince años que Maigret no le veía y el otro vacilaba no sabiendo si tutearlo.

—Perdone, perdóname... Yo... Acabamos de llegar, la señorita Léonnec y yo... He buscado en los hoteles... Me han dicho que usted, que tú, ibas a volver. Es la novia de Pierre Le Clinche. Se ha empeñado y...

Una muchacha alta, un poco pálida, tímida. Sin embargo, cuando Maigret le dio la mano, se dio cuenta que bajo su apariencia provinciana y torpe coquetería, había una voluntad firme.

La muchacha no hablaba. Estaba impresionada. Jorissen también. Simple profesor, encontraba ahora a su viejo camarada en uno de los más altos cargos de la Policía Judicial.

—Me señalaron a Madame Maigret en el salón, pero no me he atrevido...

Maigret miraba a la muchacha, que no era ni guapa ni fea, aunque su sencillez era conmovedora.

—Usted sabía que es inocente, ¿verdad? —dijo por fin, sin mirar a nadie en particular.

El portero esperaba el momento de volverse a la cama, cuando terminaran de hablar. Ya se había desabrochado la chaqueta.

—Mañana veremos eso. ¿Tenéis habitación?

—La habitación contigua a la su... a la tuya —tartamudea confuso el profesor de Quimper—. La señorita Léonnec está en el piso de arriba. Yo tengo que regresar mañana para los exámenes... ¿Tú crees que...?

—Mañana lo veremos —repitió Maigret.

Y, mientras se acostaba, su mujer murmuró:

—No olvides apagar la luz.

## CAPÍTULO DOS

### LOS ZAPATOS AMARILLOS

Marchaban el uno al lado del otro, sin mirarse. Primero, a lo largo de la playa, desierta en aquellos momentos. Después, a lo largo de los muelles.

Poco a poco, los silencios se rarificaban. Marie Léonnec llegó a hablar con una voz casi natural.

—Ya verá usted cómo en seguida le es simpático. No puede ser de otro modo. Y entonces comprenderá que...

Maigret le lanzaba de reojo miradas curiosas, de admiración. Jorissen había regresado a Quimper a primera hora de la mañana, dejando a la muchacha sola en Fécamp.

—No insisto para que venga conmigo. Tiene demasiado carácter —le había dicho a Maigret.

La noche anterior, era tan anodina como puede serlo una muchacha criada en la tranquilidad de una ciudad de provincias. Apenas hacía una hora que ella y Maigret habían salido del Hotel de la Playa.

El comisario tenía su aire más hosco.

Pero ella no se dejaba impresionar. Parecía ignorar el aire huraño de Maigret y sonreía con confianza.

—Su único defecto es ser extremadamente susceptible. Pero ¿cómo podía ser de otro modo? Su padre no era más que un pescador. Su madre ha remendado redes muchos años para poder criarle y, ahora, es él quien la mantiene. Es instruido y tiene ante él un brillante porvenir...

—¿Los padres de usted, son ricos? —pregunta Maigret con crudeza.

—Tienen el mayor negocio de cordajes y cables metálicos de Quimper. Es por esto que Pierre no quería hablar con mi padre. Durante un año nos hemos visto a escondidas.

—¿Tienen los dos dieciocho años?

—Apenas. Fui yo quien habló en mi casa. Pierre juró que no se casaría conmigo hasta que ganase dos mil francos al mes. Ya ve que...

—¿Le ha escrito desde su detención?

—Una sola carta. Muy corta. ¡Él, que me escribía todos los días páginas y más páginas! Me dice que es mejor para mí y para mis padres que digan en Quimper que todo ha terminado entre nosotros.

Pasaban cerca del «Océan», que continuaba descargando y que, con la marea alta, dominaba el muelle con su negro casco. Sobre el castillo de proa, tres hombres, el torso desnudo, se lavaban. Maigret reconoce entre ellos a Ptit Louis.

Sorprendió también un gesto: uno de los marineros empujó al otro en el hombro al tiempo que señalaba a Maigret y a la muchacha. Entonces se puso ceñudo.

—Es por delicadeza, ¿sabe? —proseguía la chica a su lado—. Conoce el alcance que toma un escándalo en una ciudad pequeña como Quimper. Ha querido devolverme la libertad.

La mañana era límpida. La muchacha, con su traje gris, parecía una estudiante o una institutriz.

—Para que mis padres me hayan dejado venir, hace falta que tengan confianza en él, ¿verdad? Sin embargo, mi padre preferiría que me casara con un comerciante.

Maigret la hizo esperar bastante rato en el antedespacho del comisario de policía. Tomó algunas notas.

Una media hora después, ambos entraban en la prisión.

Era el Maigret hosco, las manos a la espalda y la pipa apretada entre los dientes, el que estaba, con el lomo arqueado, en un rincón de la celda. Había prevenido a las autoridades que no se ocupaba oficialmente del caso y que lo seguía únicamente en calidad de curioso.

Varias personas le habían descrito al telegrafista, y la imagen que de él se había forjado, respondía rasgo a rasgo al muchacho que tenía delante.

Un joven alto y delgado, con traje correcto aunque arrugado, el rostro serio y tímido a la vez, como el primero de la clase. Pecas bajo los ojos y el pelo cortado en forma de cepillo.

Se había sobresaltado cuando se abrió la puerta y se quedó un buen momento lejos de la muchacha, que avanzaba hacia él. Marie tuvo materialmente que echarse en sus brazos y permanecer allí a la fuerza, mientras Pierre lanzaba a su alrededor miradas extraviadas.

—¡Marie! ¿Quién? ¿Cómo...?

Estaba muy turbado, pero no era hombre que se agitara. Los cristales de sus gafas estaban empañados. Sus labios temblaban.

—No deberías haber venido.

Espiaba a Maigret, al que no conocía y miraba hacia la puerta de la celda que había quedado abierta.

No llevaba corbata ni cordones en los zapatos. La barba rojiza, crecida, le molestaba tanto como la falta de cordones y corbata. Estos detalles parecían apenarle más que el drama. Se palpaba embarazado el cuello desnudo, con la nuez de Adán pronunciada.

—¿Es que mi madre...?

—No ha venido. Pero ella tampoco cree que tú seas culpable.

Marie tampoco conseguía dar rienda suelta a su emoción. Resultaba como una escena malograda. ¿Quizás debido a lo crudo de la atmósfera?

Se miraban sin saber qué decirse, buscando las palabras. Entonces, Marie Léonnec señaló a Maigret.

—El señor es amigo de Jorissen. Es comisario de la Policía Judicial y ha aceptado ayudarnos.

Le Clinche vacila en tenderle la mano. Finalmente, no se decide a hacerlo.

—Gracias... Yo...

La entrevista cada vez resultaba más forzada y la muchacha, que se daba cuenta, tenía ganas de llorar. ¿No había contado con una escena patética que pudiera convencer a Maigret?

Miró a su novio con despecho, incluso con algo de impaciencia.

—Tendrás que decirle todo lo que pueda ser de utilidad para tu defensa.

Y Pierre Le Clinche suspira torpe y fastidiado.

—Sólo he de hacerle, algunas preguntas —intervino el comisario—. Toda la tripulación está de acuerdo que durante el curso de la campaña sus relaciones con el capitán fueron más que frías. Al partir, estaban en buenos términos. ¿Qué provocó ese cambio?

El telegrafista abrió la boca, se calló, y se puso a mirar al suelo con aire desolado.

—¿Cuestiones del servicio? Los dos primeros días comía con los oficiales. Luego prefirió hacerlo con los marineros.

—Sí... ya sé.

—¿Por qué?

Marie Léonnec suplicó con impaciencia:

—Pero habla, Pierre. Se trata de salvarte. Debes decir la verdad.

—No sé...

Estaba sin nervios, destemplado, como sin esperanza.

—¿Discutió con el capitán Fallut?

—No.

—Sin embargo, ha vivido en su mismo barco cerca de tres meses sin dirigirle la palabra. Todo el mundo lo ha notado... Hay quien murmura que Fallut, en ciertos momentos, daba la impresión de un loco.

—No sé.

Marie Léonnec contenía sollozos de irritación.

—Cuando el «Océan» entró en el puerto, usted bajó a tierra con los demás. En su habitación del hotel quemó algunos papeles.

—Sí. No tenían importancia.

—Tiene usted la costumbre de llevar un diario de todo lo que ve. ¿No sería el diario de esta campaña lo que quemó?

Pierre permanecía de pie, la cabeza baja, como un alumno que no sabe su lección.

—Sí.

—¿Por qué?

—¡Ya no lo sé!

—¿Y tampoco sabe ya por qué volvió a bordo? No inmediatamente. Le vieron apostado detrás de un vagón, a unos cincuenta metros del barco.

La muchacha miró al comisario y después a su novio que, de nuevo, volvía a perder la serenidad.

—Sí.

—El capitán franqueó el portalón y puso pie en tierra. En ese momento, le atacaron.

Pierre se obstina en su silencio.

—Pero contésteme, ¡caramba!

—¡Contesta, Pierre! Es para salvarte... No comprendo... yo... Las lágrimas contenidas hinchan los párpados de Marie.

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Estaba allí.

—Entonces, ¿lo vio...?

—Mal. Había un montón de barriles y los vagones... Una lucha entre dos hombres. Después, uno que huía mientras un cuerpo caía al agua.

—¿Cómo era el que huía?

—No sé.

—¿Vestía de marinero?

—No.

—Entonces, ¿cómo iba vestido?

—Solamente me fijé en sus zapatos amarillos, cuando pasaba cerca de una farola de gas.

—¿Qué hizo usted después?

—Subí a bordo.

—¿Por qué? ¿Por qué no acudió a socorrer al capitán? ¿Sabía que ya estaba muerto?

Un silencio pesado. Marie Léonnec juntaba sus manos angustiada.

—Pero, habla, Pierre. ¡Habla, te lo suplico!

—Sí, no... Le juro que no lo sé...

Unos pasos en el corredor. El carcelero venía a anunciar que esperaban a Le Clinche en el despacho del juez de instrucción.

Su novia quiso abrazarle. Le Clinche, tras un momento de vacilación, terminó por abrazarla, lentamente, pensativo.

No es en la boca donde la besa, sino en los cabellos claros, rizados, de las sienes.

—¡Pierre!

—No debiste haber venido —le dice mientras sigue al carcelero con pasos fatigados.

Maigret y Marie Léonnec ganan la salida sin despegar los labios. Fuera, la muchacha suspira con pena.

—No comprendo...

Y, en seguida, levantando la cabeza:

—¡A pesar de todo, es inocente! Estoy segura. Nosotros no lo comprendemos porque no hemos estado en una situación parecida. Ya hace tres días que está en la cárcel y todo el mundo le acusa. ¡Y es un tímido!

Maigret se enterneció al ver cómo la chica se las ingeniaba para poner ardor en sus palabras, cuando estaba completamente descorazonada.

—A pesar de todo, hará usted algo, ¿verdad?

—A condición de que regrese usted a Quimper.

—No. ¡Eso no! Oiga, permítame que...

—Bien. Váyase a la playa. Instálese al lado de mi mujer, y trate de ocuparse en algo. A lo mejor ella tiene alguna labor de bordado para usted.

—¿Qué va usted a hacer? ¿Cree que esa indicación de los zapatos amarillos...?

La gente se volvía al pasar ellos, pues Marie Léonnec estaba tan animada que parecía se estuviera peleando.

—Le repito que haré todo lo que pueda. Mire. Esa calle lleva directamente al Hotel de la Playa. Dígale a mi mujer que tal vez vaya tarde a almorzar.

Maigret da media vuelta y llega a los muelles. Su aire hosco había desaparecido. Casi sonreía.

Había temido una escena tumultuosa en la celda, con protestas de vehemente inocencia, lágrimas, besos. Pero todo había ocurrido de otro modo, de una forma más simple, más desgarradora y significativa.

El muchacho le agradaba por lo que tenía de distraído, de concentrado.

Delante de una tienda, se encuentra con Ptit Louis, que llevaba un par de botas de caucho en la mano.

—¿Dónde vas?

—A venderlas. ¿No quiere comprarlas usted? Lo mejor que hacen en Canadá. Le desafío a que encuentre otras iguales en Francia. Doscientos francos.

Ptit Louis estaba evidentemente inquieto y esperaba el permiso del comisario para proseguir su camino.

—¿Se te ha ocurrido alguna vez la idea de que el capitán Fallut estaba chiflado?

—Usted sabe que en el pañol no se ve gran cosa.

—Pero se habla, ¿no?

—Claro que han habido historias raras.

—¿Cuáles?

—Todo... Nada. Es difícil de explicar... Sobre todo, una vez se está en tierra.

Seguía con las botas en la mano y el tendero de artículos y efectos navales, que le había visto, esperaba en el umbral.

—¿Ya no me necesita?

—Exactamente, ¿cuándo empezó todo?

—En seguida. Un barco está sano o está enfermo. Pues bien, el «Océan» estaba enfermo.

—¿Maniobras falsas?

—¡De todo! ¿Qué quiere que le diga? Cosas que no tienen sentido, pero que existen. La prueba es que teníamos la impresión de que no regresaríamos... Entonces, ¿es verdad que no me molestarán más por el asunto de la cartera?

—Ya veremos.

El puerto estaba casi vacío. En verano, todos los barcos están en Terranova, salvo las barcas de pesca que lanzan sus artes a lo largo de la costa. Sólo estaban el «Océan», de costado al muelle, perfilando su sombría silueta en la dársena, saturando el aire con un acre olor de bacalao.

Un hombre con polainas de cuero y gorra con galón de seda, estaba allí, de pie, cerca de los vagones.

—¿Es el armador? —preguntó Maigret a un aduanero que pasaba.

—Sí. El director de la «Morue Frangaise».



El comisario se presentó. El hombre le mira con desconfianza, sin dejar de vigilar la descarga.

—¿Qué piensa usted del asesinato de su capitán?

—¿Qué pienso? Que aquí hay ochocientas toneladas de bacalao averiado. Y que si esto continúa, el barco no saldrá para una segunda campaña. Y no es la policía quien arreglará las cosas y enjugará el déficit.

—Usted tenía confianza en Fallut, ¿no?

—Sí. ¿Y qué?

—¿Cree usted que el telegrafista...?

—Telegrafista o no, es un año perdido. Y no le digo nada de las redes que me traen. Unas redes que han costado dos millones, ¿entiende? Destrozadas como si se hubieran entretenido en pescar rocas. Y encima, la tripulación habla de mal de ojo. ¡Eh, allí! ¿Qué estáis haciendo? Pero, qué narices, ¿no os he dicho que terminaseis primero de descargar ese vagón?

Y se lanzó a correr a lo largo del barco echando pestes contra todo el mundo.

Maigret se quedó aún algunos instantes contemplando la descarga. Después, se alejó hacia la escollera, entre los grupos de pescadores con blusas de tela rosa.

De pronto, alguien detrás de él, le llamó:

—¡Chist! ¡Chist! ¡Eh, señor comisario!

Era León, el patrón de «A la cita de los Terranova», que intentaba alcanzarle moviendo todo lo de prisa que podía sus cortas piernas.

—Venga a tomar algo a casa.

Tenía un aire misterioso. Por el camino, explicó:

—¡Esto se calma! Los que no han vuelto a su casa, en Bretaña o en los pueblos, se han gastado ya casi todo su dinero. Esta mañana sólo he tenido algunos pescadores de caballa.

Atravesaron el muelle y entraron en el café, vacío en aquellos momentos, a excepción de la camarera, que limpiaba las mesas.

—¿Qué le apetece tomar? ¿Un aperitivo? Pronto será la hora. Fíjese que, como le dije ayer, no les obligo a que gasten su dinero en mi casa. Al contrario. Sobre todo porque, cuando han bebido, hacen destrozos por más

valor de lo que me producen... Ve a la cocina a ver si estoy allí, Julia. Una mirada de complicidad al comisario.

—¡A su salud! Le he visto a usted de lejos y como tenía algo que decirle...

Marcha hasta la puerta de la cocina para asegurarse de que la muchacha no está escuchando allí. Después, con aire cada vez más enigmático, y contento de la expectación que sabe está creando en el comisario, saca lentamente de su bolsillo una cartulina, una fotografía de tamaño postal.

—¡Mire! ¿Qué le parece esto?

Efectivamente, era una foto, una fotografía de mujer. Pero la cabeza estaba completamente cubierta con rayas de tinta roja. Habían querido hacer desaparecer esa cabeza rabiosamente. La pluma había arañado el papel. Las líneas se cruzaban en todos los sentidos, hasta el punto de que no existía siquiera un milímetro cuadrado visible.

En cambio, debajo del rostro, el busto permanecía intacto. Un pecho bastante opulento. El vestido claro y muy ceñido y escotado que llevaba la mujer realzaban su opulencia.

—¿Dónde ha encontrado esto?

Nuevas y significativas miradas.

—Entre nosotros, bien puedo decírselo... El maletín de Le Clinche cierra mal... El chico tenía la costumbre de deslizar las cartas de su novia debajo del tapete de su mesa.

—¿Y usted las leía?

—No tenían interés. Fue de casualidad, Cuando registraron, no se les ocurrió mirar debajo del tapete... La idea se me ocurrió ayer tarde, y ya ve lo que he encontrado. Claro que no se le ve la cara. Pero, de cualquier modo, no es su novia. Ella no tiene ese tipo. Lo sé porque también he visto su retrato. Entonces, ya ve usted que hay otra mujer en el ajo.

Maigret miraba fijamente el retrato. La línea de los hombros era apetecible. La mujer debía ser mayor que Marie Léonnec. Aquel busto tenía algo extremadamente sensual.

—¿Tiene tinta roja en casa?

—No. Sólo tinta verde.

—¿Le Clinche utilizaba alguna vez tinta roja?

—Nunca. Tenía su propia tinta para la estilográfica. Una tinta especial, azul-negra.

Maigret se levantó y se dirigió a la puerta.

—¿Me permite?

Unos instantes después, estaba a bordo del «Océan», registrando la cabina del telegrafista y después la del capitán, que se hallaba sucia y en completo desorden.

No había tinta roja en la trainera. Los pescadores no la habían visto nunca a bordo.

Cuando abandona el barco, Maigret recibe una furibunda mirada del armador, que continúa reprendiendo a su agente.

—¿Tienen tinta roja en sus oficinas?

—¿Tinta roja? ¿Para qué? ¿Se cree que es una escuela?

Bruscamente, parece acordarse de algo y añade:

—Fallut escribía con tinta roja cuando estaba en su casa, en la calle de Etretat. ¿Qué es esta nueva historia? Allá abajo, atención los del vagón. Sólo falta que se provoque un accidente... Entonces, ¿qué es lo que quiere usted con la tinta roja?

—Nada. Muchas gracias.

Ptit Louis volvía sin sus botas, pero con algunos vasos en el colete, un gorro de truhan en la cabeza y unas chancletas en los pies.

## CAPÍTULO TRES

### EL RETRATO SIN CABEZA

«Y no podrían censurarme siquiera de haberme intentado aprovechar, pues tengo ahorros que equivalen muy bien a la paga del capitán...».

Maigret se despidió de Madame Bernard en el umbral de su casita de la calle de Etretat. Era una mujer de unos cincuenta años, muy bien conservada, que acababa de hablarle durante media hora de su primer marido, de su viudedad, del capitán que había sido su huésped, de los rumores que habían corrido sobre su relación y, finalmente, de una desconocida que, desde luego, «era una mujer de mala vida».

El comisario había visitado la casa, muy bien puesta pero llena de cosas de mal gusto. La habitación del capitán Fallut estaba todavía tal como la había arreglado en previsión de su regreso.

Pocos objetos personales, algunas ropas en una maleta, algunos libros, especialmente novelas de aventuras, y fotografías de barcos.

El conjunto daba la sensación de una existencia apacible y mediocre.

—Sin ser convenido, estaba previsto. Todo el mundo sabía que terminaríamos por casarnos. Yo aportaba la casa, los muebles y la ropa... Nada hubiera cambiado y habríamos vivido tranquilos, sobre todo dentro de tres o cuatro años, cuando se hubiese retirado...

Por la ventana se veía la tienda de ultramarinos de enfrente, la cuesta de la calle y la acera, donde jugaban algunos niños.

—Fue este invierno cuando conoció a esa mujer y todo se trastornó. ¡A su edad! ¿Es posible que pueda uno chiflarse de esa forma por una criatura? ¡Y

andaba con unos misterios! Debería ir a verla a El Havre o a cualquier otra parte, pues jamás se les vio juntos. Yo sabía que había alguna cosa oculta... Se compraba ropa interior más fina e, incluso, una vez unos calcetines de seda. Puesto que no había nada entre nosotros, aquello no era de mi incumbencia y no quería intervenir, pues hubiese parecido que defendía mis intereses.

Esta conversación con Madame Bernard iluminaba toda una faceta de la vida del muerto. El hombrecito ya cincuentón que volvía a puerto después de una campaña de pesca y vivía allí, como un buen burgués, cerca de Madame Bernard, que le cuidaba con la esperanza de llegar a ser su esposa.

Comía con ella en el comedor, bajo el retrato del primer marido, bajo sus rubios bigotes, y después se iba a su habitación a leer una novela de aventuras.

Y, de pronto, esta paz quedaba rota. Aparecía otra mujer. El capitán Fallut iba a El Havre, cuidaba su vestimenta, se afeitaba con más frecuencia, cambiaba sus calcetines ordinarios por unos de seda y se escondía de su patrona.

Sin embargo, no estaba casado. No tenía ningún compromiso. Era libre y, no obstante, no apareció en Fécamp ni una sola vez con la desconocida.

¿Era aquélla la gran pasión que se presentaba tarde? ¿Era un lío vergonzoso?

Maigret llegó a la playa y vio a su mujer sentada en una hamaca a rayas rojas. A su lado, Marie Léonnec cosía.

Algunos bañistas, sobre los guijarros blanqueados por el sol. Un mar cansado. Más allá de la escollera, al otro lado, el «Océan», en el muelle, abriendo sus escotillas a los marineros hoscos y reticentes que seguían descargando el bacalao.

Besó a Madame Maigret en la frente e inclinó la cabeza hacia la muchacha, contestando a su mirada de muda interrogación.

—Nada de particular.

Y su mujer, con voz pausada:

—Mademoiselle Léonnec me ha contado toda su historia. ¿Tú crees que ese chico es capaz de haber cometido un acto semejante?

Se dirigieron lentamente al hotel. Maigret llevaba las dos hamacas plegables. Se disponían a sentarse a la mesa cuando apareció un agente de uniforme, que buscaba al comisario.

—Me han encargado que le muestre esto. Ha llegado hace una hora.

Le mostró un sobre amarillo, ya abierto, y que no llevaba ninguna dirección. En el interior, una hojita de papel con una escritura pequeña, apretada y minuciosa.

«Que no se culpe a nadie de mi muerte y que no se intente comprender mi gesto.

»Éstas son mis últimas voluntades. Lego todo lo que poseo a Madame Bernard, que siempre ha sido buena conmigo, con la obligación de que pueda enviar mi cronómetro de oro a mi sobrino, que ella conoce, y cuidarse de que me entierren en el cementerio de Fécamp, cerca de mi madre...».

Maigret abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Está firmada por Octave Fallut! —dijo a media voz—. ¿Cómo ha llegado esto a la Comisaría?

—No sabemos. La hemos encontrado en el buzón. Parece que es efectivamente su letra. El comisario ha advertido inmediatamente al juez.

—A pesar de todo, ha sido estrangulado. Y es imposible estrangularse uno mismo —refunfuñó Maigret.

En la mesa de los huéspedes fijos, cerca de ellos, reinaba el bullicio. Rábanos rosados, cortaditos y frescos, se apretujaban en la rabanera.

—Espere un momento que copie esta carta. Tendrá que llevársela, ¿no?

—No me han dado instrucciones especiales, pero supongo...

—Sí. Tiene que ser incluida en el sumario.

Poco después Maigret, con su copia en la mano, miraba con impaciencia al comedor, donde iba a perder una hora esperando los platos. Marie Léonnec, durante todo este tiempo, no cesó de observarle, sin atreverse a interrumpir su hosca meditación.

Pero Madame Maigret suspiró ante los pálidos escalopes:

—Habríamos estado mejor en Alsacia.

Maigret se levantó sin esperar a los postres y se limpió la boca, impaciente por volver a ver la trainera, el puerto y los marineros. Por el camino iba refunfuñando:

—Fallut sabía que iba a morir. Pero ¿sabía que le matarían? ¿Es que ha querido, por anticipado, salvar a su asesino o, solamente, es que tenía ganas de suicidarse? Además, ¿quién ha echado el sobre amarillo en el buzón de la Comisaría? No tenía ni sello ni dirección.

La noticia ya debía haberse extendido, pues cuando llegó a la altura de la trainera, el director de la «Morue Francaise» le interpelló con una ironía agresiva:

—Entonces, ¿parece que Fallut se ha estrangulado a sí mismo, eh? ¿A quién se le ha ocurrido eso?

—¿Quiere decirme qué oficiales del «Océan» están todavía a bordo?

—Ninguno. El segundo se ha ido de juerga a París. El jefe de máquinas está en Yport y no volverá hasta que la descarga esté terminada. Maigret visitó una vez más la cabina del capitán. Un camarote estrecho. Una litera con una colcha sucia. Un armario empotrado. Una cafetera de porcelana azul, sobre la mesa cubierta de hule. Unas botas con suela de madera en un rincón.

Todo era sombrío y grasiento, destilando el áspero olor que reinaba en el barco entero. Unos jerséis azules se secaban en el puente. Maigret estuvo a punto de caerse al atravesar una pasarela de residuos de pescado.

—¿Ha comido usted algo?

El comisario alzó los hombros y miró una vez más al «Océan» con aire lúgubre. Se informa después, por un aduanero, de los medios de llegar a Yport.

Era un pueblecito al pie de un acantilado, a seis kilómetros de Fécamp. Algunas casas de pescadores y algunas granjas en los alrededores. Algunos chalets, alquilados ya amueblados durante la temporada de verano, y un solo hotel.

En la playa, de nuevo trajes de baño, chiquillos y mamás ocupadas en hacer punto o bordados.

—¿La casa de Monsieur Laberge, por favor?

—¿El jefe de máquinas del «Océan» o bien el granjero?

—El marino.

Le señalaron una casita rodeada de un jardincillo. Según se acercaba a la puerta, pintada de verde, le llegan desde el interior los ruidos de una disputa.

Dos voces: una de hombre y otra de mujer. No podía distinguir las palabras y llamó.

Todo se aquietó. Unos pasos se acercaban. La puerta se abrió y apareció un hombre alto y flaco, que se mostró desconfiado y áspero.

—¿Qué quiere?

Una mujer en traje de casa arreglaba vivamente sus cabellos en desorden.

—Pertenezco a la Policía Judicial, y quisiera formularle unas preguntas.

—Entre.

Un crío lloraba. Su padre le empujó con un gesto brutal hacia una habitación vecina, en la cual se veían los pies de una cama.

—Déjanos —le dijo Laberge a su mujer.

Ésta tenía los ojos enrojecidos. La pelea debía de haber estallado durante la comida, pues los platos estaban aún medio llenos.

—¿Qué quiere usted saber?

—¿Desde cuándo no ha estado usted en Fécamp?

—Estuve esta mañana. Me fui en bicicleta, porque no es una ganga oír gruñir a la mujer todo el día. Pasa uno meses en el mar reventándose y cuando regresa...

Su cólera no se había calmado. Bien es verdad que su aliento estaba saturado de alcohol.

—¡Todas son iguales! Celos y demás. Se creen que uno no tiene más cosas en la cabeza que ir a ver a las fulanas. Escuche. Ahí la tiene zurrando al crío para calmarse los nervios.

En efecto, el crío gritaba en la pieza vecina, y la voz de la mujer se elevaba:

—¿Quieres callarte, eh? ¿Te callas?

Estas palabras debían ir acompañadas de bofetadas a sacudidas, pues los berridos del pequeño estallaban con más brío.

—¡Ah, qué vida más hermosa!

—¿El capitán Fallut le había hecho partícipe de alguna preocupación?

Laberge miró a Maigret de través y cambió una silla de sitio.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Hace tiempo que navegaba con él, ¿verdad?

—Cinco años.



—Y, a bordo, comían ustedes juntos.

—No esta vez. Se le metió en la mollera comer solo en su camarote. Pero preferiría no hablar de esta desastrosa campaña.

—¿Dónde estaba usted cuando se cometió el crimen?

—En el café, con los otros. Ya han debido decírselo.

—¿Cree usted que el telegrafista pudo tener algún motivo para atacar al capitán?

Bruscamente, Laberge se enfadó.

—¿Dónde quiere usted ir a parar con sus preguntas? ¿Qué pretende hacerme decir, eh? Yo no estaba encargado de hacer de policía, ¿entiende? ¡Y estoy harto de esta historia y de todo lo demás! Tan harto que no sé si me embarcaré para la próxima campaña.

—Evidentemente, la última no ha sido muy brillante.

Nueva y aguda mirada a Maigret.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que todo salió mal. Un grumete murió. Han tenido más accidentes que de costumbre. La pesca no ha sido buena y el bacalao ha llegado averiado a Fécamp.

—¿Es culpa mía?

—Yo no digo eso. Le pregunto solamente si en todos los acontecimientos a los que usted ha asistido hay algo que pueda explicar la muerte del capitán, un hombre tranquilo, de vida ordenada.

El primer maquinista se rió con despreció, pero no dijo nada.

—¿Le conoce usted alguna aventura?

—Ya le he dicho que no sé nada y que estoy hasta la coronilla. ¿Es que quiere volverme loco? ¿Qué le falta todavía?

Su mujer había entrado y se dirigía hacia el fogón, donde una cacerola olía ya a quemado.

Podía tener unos treinta y cinco años. No era bonita ni fea.

—Un momento —dijo con humildad—. Es la comida del perro que...

—¡Date prisa! ¿No has terminado aún?

Y a Maigret:

—¿Quiere que le diga algo? ¡Deje todo eso en paz! Fallut está bien donde está. Cuanto menos se hable de esto, mejor. Y ahora, yo no sé nada. Y

aunque estuviera todo el día haciéndome preguntas, no tendría una palabra más que contestarle. ¿Ha venido usted en el tren? Si no toma usted el que sale dentro de diez minutos, ya no tendrá otro hasta las ocho de la tarde.

Había abierto la puerta y el sol penetraba en el interior de la casa.

—¿De qué está celosa su mujer? —pregunta suavemente el comisario, ya en el umbral.

Laberge apretó los dientes sin decir palabra.

—¿Conoce a esta persona?

Maigret le tendió el retrato con la cabeza decapitada bajo el borrón de tinta roja. Tenía el pulgar tapando la cabeza y sólo se veía la blusa de seda. El maquinista lanzó una mirada rápida y quiso coger la postal.

—¿La reconoce?

—¿Cómo quiere que la reconozca?

Tendía aún la mano cuando Maigret volvió la fotografía a su bolsillo.

—¿Vendrá usted mañana a Fécamp?

—No sé. ¿Tiene necesidad de mí?

—No. Se lo preguntaba de pasada. Le agradezco la información que ha tenido usted la amabilidad de darme.

—¡No le he dado ninguna información!

Maigret no había dado diez pasos cuando ya la puerta había sido cerrada de un puntapié. De nuevo estallaron voces en el interior de la casa, reanudándose la pelea.

El primer maquinista había dicho la verdad: no había tren hasta las ocho de la tarde, y Maigret, con las manos vacías, desemboca fatalmente en la playa y se instala en la terraza del hotel.

La atmósfera banal de las vacaciones. Parasoles encarnados, vestidos blancos, pantalones de franela y un grupo de curiosos alrededor de una barca de pescar que arrastraban sobre los guijos de la playa con la ayuda de los cabrestantes.

Claros acantilados a derecha e izquierda. Delante, el mar. De un verde pálido orlado de blanco, y el murmullo regular de las pequeñas olas.

—Cerveza.

El sol calentaba. Una familia comía helados en la mesa vecina. Un joven hacía fotografías con una kodak y, en algún lado, se oían las voces estridentes

de unas jovencitas.

Maigret dejaba errar su mirada sobre el paisaje y su pensamiento se volvía flotante mientras su cerebro se ondulaba en una ensoñación que giraba alrededor de un capitán Fallut cada vez más irreal, más inconsciente.

—Gracias.

Esta palabra vino a incrustarse en su espíritu, no a causa de su sentido intrínseco, sino porque fue pronunciada muy secamente y con una ironía acerba por una mujer que se encontraba detrás del comisario.

—Pues yo te digo, Adela...

—¡Narices!

—¿Vas a volver a empezar?

—¡Haré lo que me dé la gana!

Decididamente, era el día de las disputas. Ya por la mañana, tropezó con un hombre erizado: el director de la «Morue Française».

En Yport, la pelea conyugal en casa de los Laberge. Y ahora, en la terraza, una pareja desconocida intercambia las frases más agrias.

—Será mejor que lo pienses...

—¡Narices!

—¿Crees que es inteligente contestar así?

—¡Narices y narices! ¿Lo has comprendido? ¡Camarero! Esta limonada está tibia. Tráigame otra.

El acento era vulgar, y la mujer hablaba más alto de lo necesario.

—Tendrás que decidirte —seguía el hombre.

—¡Vete solo! ¡Ya te lo he dicho! Y déjame tranquila.

—¿Sabes que es despreciable esto que estás haciendo?

—¿Y tú?

—¿Yo? ¿Te atreves?... ¡Mira! Si no estuviéramos aquí, creo que no podría contenerme.

La mujer se echa a reír, demasiado fuerte.

—Vamos, cariñín.

—¡Cállate, te lo ruego!

—¿Por qué habría de callarme?

—Porque sí.

—Hay que reconocer que tu respuesta es inteligente.

—¿Vas a callarte?

—¡Si me da la gana!

—Adela, te prevengo que...

—¿De qué? ¿Que vas a armar un escándalo delante de todo el mundo?

¡Pues vas a adelantar mucho! Ya la gente nos escucha.

—Mejor sería que reflexionaras y comprenderás...

La mujer se levantó de un salto, como alguien que ya está harto.

Maigret le daba la espalda, pero veía alargarse su sombra sobre las losetas de la terraza.

Después la vio de espaldas, marchando hacia la orilla del mar.

A contra luz no era más que una silueta contra el cielo enrojecido.

Maigret se fijó solamente en que iba bastante bien vestida y que no llevaba ropa de playa, sino medias de seda y zapatos de tacón alto.

Esto le valió, al atravesar la playa de guijarros, una marcha difícil y sin gracia. A cada instante, estaba a punto de torcerse un tobillo.

Pero se empeñaba en seguir adelante, rabiosa y obstinada.

—¿Cuánto le debo?

—Pero aún no he traído la limonada que la señora...

—No importa. ¿Cuánto es?

—Nueve francos cincuenta. ¿Comerán aquí?

—¡No lo sé!

Maigret se volvió para mirar al hombre, que realmente se encontraba molesto, ya que no ignoraba que los vecinos lo habían escuchado todo.

Era alto, de una elegancia dudosa. Sus ojos estaban fatigados y todo su rostro acusaba una irritación extrema.

Al ponerse de pie dudó respecto a la dirección a tomar, e intentando aparecer flemático, terminó por dirigirse hacia la mujer, que seguía ahora la línea sinuosa del mar.

—¡Algún lío, seguro! —dijo alguien en una mesa en la que tres mujeres hacía ganchillo.

—¡Pero podían ir a otra parte a enseñar sus trapos sucios! No es un ejemplo para los niños.

Las dos siluetas se encontraron en la orilla. Ya no se oían las palabras, pero las actitudes dejaban adivinar la escena.

El hombre suplicaba y amenazaba. La mujer se mostraba intratable. En un momento dado él la toma de la muñeca, y pudo creerse que aquello iba a degenerar en una batalla. Pero, no. El hombre dio la vuelta y marchó a grandes pasos hacia la calle próxima, donde puso en marcha un cochecito gris.

—Otra caña, mozo.

Maigret acababa de darse cuenta de que la mujer había olvidado su bolso encima de la mesa. Un bolso de imitación de cocodrilo, nuevo y lleno hasta arriba.

Una sombra avanzaba sobre el suelo. Maigret levanta la cabeza y, entonces, ve de frente a la propietaria del bolso, que volvía a la terraza.

Fue un pequeño choque. Las aletas de la nariz del comisario se estremecieron.

Claro que muy bien podía equivocarse. Era una impresión más que una certeza. Pero habría jurado que tenía ante él al retrato sin cabeza.

Sacó la foto de su bolsillo discretamente. La mujer se había sentado otra vez.

—Bien. ¿Y mi limonada?

—Yo creía... El señor me ha dicho...

—Le he pedido una limonada. Tráigala.

Era, efectivamente, la línea un poco gruesa del cuello. El pecho, a la vez abundante y firme, de una elasticidad voluptuosa.

Y la misma forma de vestirse, el mismo gusto por las sedas muy lisas, de colores vivos.

Maigret dejó caer el retrato de tal forma que su vecina, forzosamente, tuvo que verlo.

Lo vio, en efecto. Miró al comisario como si buscase entre sus recuerdos. Pero si se sintió turbada lo disimuló muy bien.

Transcurrieron cinco minutos, diez minutos. El ronquido del motor empezó a oírse a lo lejos y fue creciendo. Era el cochecito gris, que se acercaba a la terraza. Se detuvo allí y, con unos acelerones en vacío, su conductor parecía demostrar que estaba decidido a marcharse definitivamente.

—¡Gastón!

La mujer estaba de pie. Hacía señas a su compañero. Cogió el bolso y un instante después se encerraba en el coche.

Las tres, mujeres de la mesa vecina, la siguen con la mirada, con un aire reprobador. El joven de la cámara Kodak se volvía.

El coche gris desaparecía ya con un rugido del motor.

—¡Camarero! ¿Cómo puede uno aquí procurarse un coche?

—No creo que encuentre ninguno en Yport. Hay uno que a veces lleva gente a Fécamp o a Etretat, pero le he visto pasar esta mañana con unos ingleses.

Los gruesos dedos del comisario golpeaban la mesa con una cadencia rápida, impaciente.

—¡Tráigame un mapa de carreteras! Y pida usted conferencia con la comisaría de Fécamp. ¿Había visto ya a esa gente?

—¿La pareja que se peleaba? Esta semana, casi todos los días. Ayer almorzaron aquí. Creo que son de El Havre.

Ya no quedaban más que familias en la playa, que exhalaba ahora la dulzura de una tarde de verano. Un barco negro gravitaba insensiblemente en la línea del horizonte, penetrando en el disco del sol y saliendo por el otro lado, como se atraviesa un aro de papel.

## CAPÍTULO CUATRO

### BAJO EL SIGNO DE LA CÓLERA

—Yo —dijo el comisario de policía de Fécamp mientras sacaba punta a un lápiz azul— confiese que no me hago muchas ilusiones. ¡Es tan raro que se aclaren estas historias de marinos! ¿Qué digo? Intente usted siquiera aclarar el motivo de una bronca vulgar, como las que estallan a diario en el puerto. Cuando llegan mis hombres se están zurrando de lo lindo, pero nada más ver los uniformes forman un frente común para atacar. Interróguelos. Mienten. Se contradicen. Pero embrollan tan bien las cosas que uno acaba renunciando.

Eran cuatro los que estaban fumando y el despacho estaba lleno de humo. Anohecía. El comisario de la Brigada Móvil de El Havre, encargado oficialmente de la investigación, venía acompañado de un joven inspector.

Maigret asistía a la reunión con carácter privado. Sentado en un rincón, junto a la mesa, aún no había dicho nada.

—Esto me parece sencillo, sin embargo —arriesgó el inspector mientras buscaba la aprobación de su jefe—. El crimen no tiene como móvil el robo, se trata de una venganza. ¿Con quién se había mostrado más duro el capitán Fallut a lo largo de la campaña?

Pero el comisario de El Havre se encogió de hombros, mientras el joven inspector callaba enrojeciendo.

—Sin embargo...

—¡No, hombre, no! Hay alguna cosa más. Primero, la mujer que usted ha descubierto, Maigret. ¿Ha dado usted todos los datos a las comisarías para que la busquen? Por ejemplo, no acabo de precisar cuál es su papel. El barco

ha estado ausente durante tres meses. Ella no estaba siquiera cuando desembarcaron, puesto que nadie la vio. El telegrafista tiene novia. El capitán Fallut, por lo que dicen, no parecía hombre dado a hacer locuras. Por tanto, redacta su testamento antes de ser asesinado.

—Sería también interesante saber quién se ha encargado de traer el testamento aquí —suspiró Maigret—. Hay un periodista, el del impermeable beige, que pretende, en «El Relámpago de Rouen», que los armadores habían encargado al «Océan» una misión distinta a la de la pesca del bacalao.

—Eso es lo que se dice siempre —refunfuñó el comisario de Fécamp.

La conversación era blanda. Hubo un largo silencio durante el cual se oyó chisporrotear la pipa de Maigret, que se levantó de repente con esfuerzo.

—Si me preguntaran las características de este asunto —dijo—, yo diría que está bajo el signo de la cólera. Todo lo que viene de la trainera es odioso, crispado, colérico. En «A la cita de los Terranova» la tripulación se emborracha y se pega. El telegrafista, al que le llegó su novia, contiene mal su impaciencia y la recibe con bastante frialdad. Poco le ha faltado para que le dijera que se ocupara de sus asuntos. En Yport, el jefe de máquinas injuria a su mujer y me recibe de uñas. Y, por fin, encuentro otras dos personas que parecen marcadas por el mismo signo: la llamada Adela y su compañero, que se pelean en la playa y se reconcilian sólo para desaparecer.

—¿Y qué deduce usted? —preguntó el comisario de El Havre.

—¿Yo? No deduzco nada. Sólo observo la impresión que tengo de estar metido entre una banda de gente furiosa. ¡Vamos! Buenas noches, señores. Aquí estoy en calidad de espectador y mi mujer me espera en el hotel. ¿Querrá usted avisarme, comisario, si encuentra a la mujer de Yport y al hombre del auto gris?

—Desde luego. Buenas noches.

Maigret, en lugar de atravesar el pueblo, marcha a lo largo de los muelles, las manos en los bolsillos y la pipa entre los dientes. La dársena, vacía, parecía un enorme y negro cuadrilátero, donde sólo brillaban las luces del «Océan», al que continuaban descargando.

—Bajo el signo de la cólera —seguía refunfuñando para sí mismo.

Nadie se fija en él cuando sube a bordo. Anduvo a lo largo del puente, como sin rumbo, hasta ver una luz en la escotilla del castillo de proa. Al



asomarse recibió en pleno rostro un aire cálido, un olor que recordaba la muchedumbre, el refectorio y la pescadería del barrio, todo en uno.

Bajó la escalera y se encontró frente a tres hombres que comían en fiambreras puestas sobre sus rodillas. Se iluminaban con una lámpara de petróleo colgada de una articulación cardán. En mitad del sollado había una estufa de hierro fundido cubierta de costras de mugre.

A lo largo de los mamparos, había cuatro filas de literas, algunas aún con sus colchonetas de paja; las otras completamente vacías. Y botas, sombreros e impermeables colgados.

—¡Que aproveche!

Le contestaron con un gruñido.

—¿Dónde están los otros?

—¡Toma! En su casa —dijo Ptit Louis—; para quedarse aquí cuando no se navega hace falta no saber dónde ir y no tener una perra gorda.

Era preciso acostumbrarse a la penumbra del sollado y, sobre todo, al olor. Era fácil imaginar el lugar cuando cuarenta hombres vivían en él, sin ser capaces de hacer un movimiento para no tropezarse con los demás.

¡Cuarenta hombres tumbándose en las literas con las botas puestas, roncando, mascando tabaco o fumando!

—¿Venía el capitán aquí alguna vez?

—Nunca.

Y encima, el trepidar de las máquinas, el olor del carbón, el hollín, los recalentados mamparos de metal, los golpetazos del mar contra el casco...

—Ven conmigo, Ptit Louis.

Y Maigret sorprendió a su espalda un gesto que, por pura fanfarronería, el marinero dirigía a los otros.

Pero arriba, en el puente envuelto en sombras, toda su fanfarronería había desaparecido.

—¿Qué hay?

—Nada. Espera... Supongamos que el capitán hubiera muerto durante la travesía. ¿Habría pedido alguno traer el barco a puerto?

—Quizá no, pues dicen que el segundo no sabe calcular el rumbo, si bien es verdad que dicen también que con la T. S. H. el telegrafista puede siempre confirmar la demora.

—¿Veías a menudo al telegrafista?

—Nunca. No se imagine que se circula aquí dentro como ahora. Hay barrios para unos y barrios para otros. Permanecemos días y días en nuestro rincón.

—¿Y al primer maquinista?

—A ése, sí. Le veía casi cada día.

—¿Cómo era?

Ptit Louis se tomó evasivo.

—¿Y qué se yo? ¿Qué es lo que usted pretende saber? Ya querría verle a usted a bordo cuando todo va mal. Un grumete cae por la borda, una junta de la caldera revienta, el capitán se empeña en llevar la trainera a un lugar donde no hay un solo pez y, encima, hasta un hombre se ve atacado por la gangrena. ¡Entonces juraría y maldeciría! Y, por un sí es no, le sacudiría un puñetazo a la cara de alguien. Y cuando le dice, aún, que arriba el capitán está majareta.

—¿Lo estaba?

—No fui a preguntárselo. Y además...

—¿Además?...

—Después de todo, ¿a mí qué me importa? Siempre encontrará a alguien que se lo diga. Parece que arriba eran tres los que siempre andaban con el revólver a cuestas. Tres a espiarse y a tener miedo el uno del otro. El capitán apenas salía alguna vez de su camarote, adonde había hecho que le llevaran las cartas, el compás, el sextante y las tablas...

—¿Y eso ha durado tres meses?

—¡Sí! ¿Tiene algo más que preguntarme?

—Gracias. Puedes irte.

Ptit Louis se alejó como con desgana, quedándose un momento en la escotilla observando al comisario, que fumaba su pipa a pequeñas bocanadas.

De las calas abiertas seguían sacando bacalao, a la luz de las lámparas de acetileno. Pero el policía quería olvidarse de los vagones, de los descargadores, del muelle, del espigón, del faro.

Estaba de pie sobre un mundo de chapa de hierro, y con los ojos entrecerrados evocaba el mar abierto. Un campo de olas encrespadas, desiguales, que sin descanso, hora tras hora, lamían la embarcación, día a día, semana tras semana.

«Si cree usted que se circula como ahora...».

Hombres en las máquinas. Hombres en el sollado de proa, y a popa, otro puñado de hombres: el capitán, su segundo, el maquinista y el telegrafista.

Una pequeña lámpara de bitácora para iluminar el compás. Cartas desplegadas.

¡Tres meses!

Cuando regresaron, el capitán Fallut hizo testamento, por medio del cual declaraba poner término a sus días.

Una hora después de la arribada era estrangulado y arrojaban su cuerpo a la dársena.

Y Madame Bernard, su patrona, se lamentaba porque su muerte destruía una ventajosa unión. El jefe de máquinas se las tenía con su mujer. Una cierta Adela se peleaba con un desconocido, pero huía con él en el momento que Maigret le puso bajo la nariz su retrato tachado con tinta roja.

El telegrafista, Le Clinche, en la cárcel, se mostraba con un humor de perros.

El barco apenas se movía, como al ritmo de una leve respiración. Uno de los tres hombres del sollado tocaba el acordeón.

Maigret, al volver la cabeza, vio sobre el muelle dos siluetas de mujer. Se precipitó y franqueó la planchada.

—¿Qué venís a hacer aquí?

Enrojeció al darse cuenta de que su tono había sido demasiado áspero y, sobre todo, al tener conciencia de que también él se había dejado dominar por aquel frenesí que animaba a todos los actores del drama.

—Hemos querido ver el barco —respondió Madame Maigret con una humildad que desarmaba.

—La culpa es mía —intervino Marie Léonnec—. He sido yo quien ha insistido para...

—¡Está bien! ¡Está bien! ¿Habéis cenado?

—Son las diez. ¿Y usted?

—Sí. Gracias.

Sólo el «A la cita de los Terranova» estaba iluminado. Sobre el espigón, se adivinaban algunas siluetas: veraneantes que hacían su nocturno paseíto.

—¿Ha descubierto usted algo?

—Todavía nada, o muy poco.

—No me atrevo a pedirle un favor.

—Diga.

—Me gustaría ver el camarote de Pierre. ¿Me permite usted?

La condujo allí encogiéndose de hombros, mientras Madame Maigret se negaba a franquear la pasarela.

Una verdadera caja de metal. Los aparatos del T. S. H. una mesa con el tablero forrado con chapa de hierro, un banco y una litera. En uno de los mamparos, un retrato de Marie Léonnec en el traje típico bretón. Había unos zapatos viejos en el suelo; un pantalón sobre el catre.

La muchacha respiraba esa atmósfera con una mezcla de curiosidad y alegría.

—Sí. No es exactamente como yo me figuraba... No ha limpiado nunca sus zapatos. ¡Mire! Bebía siempre en este vaso, sin lavarlo.

Una alhaja de chica. Una mezcla de timidez, debilidad, energía y audacia. Vacilaba ahora.

—¿Y la cabina del capitán?

Maigret inició una sonrisa, pues comprendió que ella misma deseaba hacer un descubrimiento. La condujo hasta allí. Incluso fue a buscar una linterna eléctrica que había visto en el puente.

—¿Cómo pueden vivir con este olor? —suspiró Marie.

Miraba con atención a su alrededor. Maigret la vio turbarse, con timidez, al preguntar:

—¿Por qué han levantado la cama?

Maigret dejó apagar su pipa. La observación era justa. Toda la tripulación se acostaba en catres que eran una prolongación de la estructura del barco.

Sólo el capitán tenía una cama de hierro.

Debajo de cada pie habían puesto un pedazo de madera.

—¿No encuentra usted que es extraño? Se diría que...

—Siga.

Todo rastro de malhumor le había desaparecido. Maigret veía el pálido rostro de la muchacha cambiar bajo los efectos de la reflexión y la alegría.

—Se diría que... pero no vaya usted a reírse de mí... Que han levantado un poco la cama para que alguien pueda esconderse debajo de ella. Sin

pedazos de madera, el somier es demasiado bajo, mientras que así...

Y antes que Maigret pudiera intervenir, la muchacha se tumbó en el suelo, a pesar de la suciedad que lo cubría, y gateó debajo de la cama.

—Hay sitio —afirmó.

—Bien... Salga.

—Un momento, ¿quiere? Páseme la linterna un momento, señor comisario.

—¿Bien?

—Sí, espere.

Salió de repente, con su traje gris lleno de manchas y las pupilas febriles.

—Corra la cama... Verá.

La voz le salía desgarrada. Sus manos se estremecían. Maigret separó brutalmente la cama del mamparo y miró al suelo.

—No veo nada.

Como la muchacha no contestaba, Maigret se volvió para comprobar que estaba llorando.

—Aquí... Lea.

Era preciso agacharse y poner la lámpara completamente contra el tabique. Entonces se distinguían unas palabras escritas sobre la madera con la ayuda de una punta, un alfiler o un clavo:

«Gastón - Octave - Pierre - Hen...».

La última palabra estaba sin terminar. Y sin embargo no se trataba de un trabajo rápido. Ciertas letras habían podido llevar más de una hora. Había floritura, trazos de esos que se hacen cuando no se tiene mejor cosa que hacer.

La nota cómica estaba representada por dos astas de ciervo dibujadas encima del nombre de Octave.

La muchacha se había sentado en el borde de la cama, que Maigret había arrastrado hasta el centro de la habitación. Seguía llorando en silencio.

—Es curioso. Me gustaría saber sí...

Marie se levantó con vehemencia.

—¡Pues claro! ¡Eso es! ¡Había una mujer aquí! Escondida. Pero, a pesar de todo, los hombres venían a reunirse con ella... ¿No se llamaba Octave el capitán Fallut?

Pocas veces se había sentido el comisario Maigret tan violento.

—No se precipite sacando conclusiones —dijo sin entusiasmo.

—¡Pero si está escrito! ¡Toda la historia está ahí! Cuatro hombres que...  
¿Qué podía decirle para calmarla?

—Tenga fe en mi experiencia. En materia policíaca hay que esperar antes de extraer juicios. Usted me decía ayer que Le Clinche no era capaz de matar...

—¡Sí! ¡Sí! ¡Lo creo! ¿No es verdad?

Se aferraba, a pesar de todo, a la esperanza.

—Se llama Pierre.

—Ya lo sé. ¿Y qué? Hay un marinero de cada diez que se llama Pierre. Y había cincuenta hombres a bordo. También hay un Gastón y un Henri...

—¿Y qué piensa usted de eso?

—¡Nada!

—¿Va a mostrarle esto al juez? Cuando pienso que he sido yo la que...

—¡Cálmese! No hemos descubierto nada todavía, sólo que la cama ha sido levantada, por un motivo u otro, y que alguien ha escrito unos nombres en el mamparo.

—Había una mujer.

—¿Por qué una mujer?

—Pero...

—¡Venga! Madame Maigret nos espera.

—Es verdad.

Dócil, Marie se limpia las lágrimas sin rechistar.

—No debería haber venido. Yo que creía que... Pero no es posible que Pierre... ¡Oiga! Necesito verle lo antes posible. Yo le hablaré a solas. Hará usted todo lo necesario, ¿verdad?

Antes de trasponer la pasarela, la muchacha lanzó una mirada de odio al barco negro, que ahora ya no era el mismo para ella, sabiendo que una mujer se había escondido a bordo.

Madame Maigret les observaba con curiosidad.

—Vamos, no llore. Usted sabe que todo se arreglará.

—No, no —repitió moviendo la cabeza con desesperación.

Marie no podía hablar. Se ahogaba. Quería seguir mirando el barco.

Y Madame Maigret, que no comprendía nada, interrogaba a su marido con la mirada.

—Llévala al hotel. Trata de calmarla.

—¿Ha ocurrido algo?

—Nada preciso. Quizá vuelva bastante tarde.

Se quedó contemplando cómo se alejaban. Marie Léonnec se volvió más de diez veces, y su compañera debía arrastrarla como a un niño.

Maigret estuvo a punto de subir de nuevo a bordo. Pero tenía sed. Seguía habiendo luz en el «A la cita de los Terranova».

En una mesa, cuatro marineros jugaban a las cartas. Cerca del mostrador un joven avisado había pasado el brazo alrededor de la camarera, que, de vez en cuando, emitía una risita.

El dueño seguía la partida y daba consejos.

—¡Vaya! Es usted —dijo para acoger a Maigret.

Y no parecía muy feliz al volver a verle. Al contrario. Se le notaba algo incómodo.

—¡Vamos, Julie! Sirve al señor comisario. ¿Qué le puedo ofrecer?

—Nada. Si me lo permite, tomaré una consumición como un simple cliente.

—No quería molestarle... Yo...

¿Es que el día iba también a terminar bajo el signo de la cólera? Uno de los marineros murmuraba algo en dialecto normando, y Maigret pudo traducir, más o menos:

—¡Vaya! Esto sigue oliendo a chamusquina...

El comisario le mira a los ojos, y el marinero balbucea:

—¡Trébol!

—Deberías haber jugado piques —sentenció León, por decir algo.

## CAPÍTULO CINCO

### ADELA Y SU COMPAÑERO

Sonó el timbre del teléfono. León se precipitó a cogerlo y en seguida llamó a Maigret.

—¡Hola! —dijo una voz aburrida—. ¿El comisario Maigret? Aquí el secretario de la comisaría. Acabo de telefonar a su hotel y me han dicho que tal vez estuviera usted en «A la cita de los Terranova». Le ruego me disculpe si le molesto, señor comisario. Hace una media hora que estoy colgado del teléfono. ¡Imposible encontrar al jefe! En cuanto al comisario de la Brigada Móvil, me pregunto si no se habrá ausentado de Fécamp... Y tengo aquí a dos tipos extraños, que acaban de llegar, y que, según parece, quieren hacer unas declaraciones urgentes. Un hombre y una mujer...

—¿Con un coche gris?

—Sí. ¿Son los que buscaba?

Diez minutos después Maigret llegaba a la comisaría, cuyas dependencias estaban desiertas excepto la oficina principal de la entrada, separada en dos por una buhardilla. El secretario escribía sin soltar el cigarrillo. Sentado en un banco, los codos sobre las rodillas, y el mentón apoyado en la palma de la mano, un hombre esperaba.

La mujer iba y venía, martilleando el entarimado con sus altos tacones. En cuanto entró el comisario la mujer fue hacia él, al tiempo que el hombre se levantaba con un suspiro de alivio y refunfuñando entre dientes:

—¡No es demasiado pronto!



Era, efectivamente, la pareja de Yport, más pendencieros que durante la escena de la cual Maigret había sido testigo.

—¿Quieren seguirme aquí al lado?

Y Maigret les introdujo en el despacho del comisario, en cuyo sillón se sentó, y se puso a llenar la pipa sin dejar de observar a sus visitantes.

—Pueden ustedes sentarse.

—¡Gracias! —dijo la mujer, que, de los dos, decididamente era la que más nerviosa estaba—. Aunque no tengo para mucho rato.

Maigret la veía de frente, el rostro iluminado por una potente lámpara eléctrica. No era preciso un examen prolongado para clasificarla. ¿No había bastado con el retrato, del que sólo quedaba el busto?

Una mujer guapa, en la acepción popular de la expresión. Una mujer de carne apetecible, dientes sanos, sonrisa provocativa, la mirada siempre encendida.

Aunque, más exactamente, una bella hembra, atractiva, golosa, dispuesta a provocar un escándalo o a estallar a carcajadas con risa pueblerina. Su blusa era de seda rosa, rematada con un broche grande como un duro.

—Quiero decirle ante todo...

—Perdón —interrumpió Maigret—. Tenga la bondad de sentarse como ya les he dicho. Contestará usted a mis preguntas. La mujer frunció las cejas y en su boca se dibujó una mueca de maldad.

—¡Oiga! ¿Olvida usted que estoy aquí porque he querido?

Su acompañante hizo una mueca de disgusto, fastidiado por esta actitud. Formaban muy buena pareja. El tipo de hombre que, habitualmente, acompaña a las mujeres de esta clase.

Su expresión no era patibularia, propiamente dicho. Vestía correctamente, aunque con mal gusto. Gruesas sortijas en los dedos y una perla en la corbata. Pero el conjunto era inquietante, quizá porque se le adivinaba fuera de un orden, fuera de las clases sociales establecidas.

El hombre que se ve a todas horas en los cafés y en las cervecerías, bebiendo vino espumoso en compañía de chicas y alojándose en hoteles de tercera categoría.

—¡Usted primero! Su nombre, domicilio, profesión...

El hombre quiso levantarse.

—Siga sentado.

—Voy a explicarle.

—¡Nada! Su nombre.

—Gastón Buzier. Por el momento, me ocupo de venta y alquiler de chalets. Vivo normalmente en El Havre, en el Hotel del Anillo de Plata.

—¿Está usted establecido como agente inmobiliario?

—No, pero...

—¿Está al servicio de una agencia?

—Es decir...

—¡Basta! En dos palabras: que vive a salto de mata. ¿A qué se dedicaba antes?

—Representaba a una marca de bicicletas. También me dediqué a vender máquinas de coser por los pueblos.

—¿Cuántas condenas?

—¡No contestes, Gastón! —intervino la mujer—. ¡Esto es demasiado! Venimos nosotros para...

—¡Cállate! Dos condenas. Una con sobreseimiento de causa, por un cheque sin fondos. Otra, de dos meses, por no haber entregado al propietario el anticipo que había cobrado por un chalet... Ya ve usted que son simples pecadillos.

De cualquier modo, se veía que no tenía costumbre de estar frente a la policía. Continuaba desenvuelto, con un aire de maldad en la mirada.

—¡Ahora le toca a usted! —dijo Maigret volviéndose hacia ella.

—Adela Noirhomme, nacida en Belleville.

—¿Con cartilla?

—Me registraron hace cinco años, en Strasburgo, por culpa de una burguesa que me acusó de haberle birlado el marido. Pero, desde entonces...

—¡Ha eludido el control de la Policía! ¡Perfecto! ¿Quiere decirme ahora a título de qué se embarcó en el «Océan»?

—Primero hemos de explicarle —intervino el hombre— que si estamos aquí es porque no tenemos nada de qué escondernos... En Yport, Adela me dijo que tenía usted su fotografía y que seguramente iba a detenerla. Nuestra primera idea fue largarnos para evitar líos, porque a pesar de todo, conocemos ya la canción. En Etretat, he visto de lejos a los gendarmes

vigilando y he comprendido que iban a detenernos. Entonces, he preferido venir voluntariamente.

—A usted, señora, le he preguntado qué hacía a bordo de la trainera.

—Es bien simple. Seguía a mi amante.

—¿El capitán Fallut?

—El capitán, sí. Estaba con él, por decirlo así, desde el mes de noviembre. Nos conocimos en El Havre, en un café. Se enamoró. Venía a verme dos o tres veces por semana. Al principio le tomé por un maniático, pues no me pedía nada. Pero, no. Había picado. ¡La gran pasión! Me alquiló una habitación amueblada, muy bonita, y comprendía que si sabía portarme bien, acabaría casándome con él. Los marinos no es que anden sobre el oro, pero tienen un sueldo fijo y además el retiro.

—¿Nunca vino a Fécamp con él?

—No. Me lo prohibía. Él venía a El Havre. Estaba celoso. Un hombre que no debería haber tenido muchas aventuras, pues a los cincuenta años era más tímido que un colegial. Por eso, cuando me tuvo...

—¡Perdone! ¿Era ya amante de Gastón Buzier?

—Naturalmente. Pero le presenté a Gastón a Fallut como si fuese mi hermano.

—Comprendido. Vivían ustedes dos con el dinero del capitán.

—Yo trabajaba —protestó Buzier.

—Ya, ya. Todos los sábados por la tarde. ¿Quién tuvo la idea de hacerla embarcar?

—Fallut. Pensar que tenía que dejarme sola durante toda la campaña le crispaba. Por otra parte, tenía miedo, pues el reglamento es severo y él era un hombre que lo observaba a pie juntillas. Hasta el último momento vaciló, pero luego fue a buscarme. Me hizo entrar en su camarote la noche antes de zarpar. A mí, aquello me divertía por el cambio, pero si hubiera sabido de qué se trataba, le hubiera mandado a paseo sin tardar.

—¿Y Buzier no protestó?

—No sabía qué hacer, ¿comprende? No había que contrariar al viejo. Me había prometido que pediría el retiro al terminar la campaña y se casaría conmigo. ¡Bonita vida me había reservado! Encerrada todo el día en un camarote que apestaba a pescado. Y, encima, cuando entraba alguien, tenía

que esconderme. Apenas habíamos salido del puerto, que ya Fallut estaba arrepentido de haberme llevado. Nunca he visto a un hombre tan pusilánime. Diez veces volvía sobre sus pasos para asegurarse que la puerta hubiera quedado bien cerrada. Si yo hablaba, me mandaba callar por temor a que me oyesen. Estaba inquieto, de mal humor. Me miraba durante largos minutos como si pensase en agarrarme del cuello y tirarme por la borda.

Adela tenía una voz chillona y gesticulaba al hablar.

—Sin contar que cada vez se volvía más celoso. Me preguntaba sobre mi pasado. Trataba de descubrir... Se pasaba sin hablarme durante tres días, espiándome como a una enemiga y, de pronto, la pasión volvía a adueñarse de él. Hubo momentos en que sentí miedo de él.

—¿Qué tripulantes la vieron a bordo?

—Fue la cuarta noche. Yo quería tomar el fresco en el puente. Estaba harta de estar encerrada. Fallut fue a asegurarse de que el campo estaba libre. Apenas me permitió dar unos pasos por la cubierta. Tuvo que subir un momento al puente de mando y fue entonces cuando el telegrafista se acercó a mí. Estaba asustado y calenturiento. Al día siguiente le dejé entrar en el camarote.

—¿Le vio Fallut?

—No creo. Nunca me dijo nada.

—¿Fue usted amante de Le Clinche?

La mujer calló. Gastón Buzier rió con sorna.

—Habla, mujer.

—¿Es que no soy libre? Además, tú no te has privado de nada durante mi ausencia, ¿eh? ¡La pequeña ésa de la Villa de las Flores! Y esa fotografía que te he encontrado encima.

Maigret permanecía serio, agorero.

—Le pregunto si fue usted amante del telegrafista.

—Y yo le digo, ¡narices!

La mujer le provocaba con una sonrisa húmeda. Se sabía deseable.

Conocía el valor de sus labios carnosos, de su cuerpo apetecible.

—El primer maquinista también la vio.

—¿Qué le ha contado?

—Nada. Resumo: el capitán la tenía escondida en su camarote y, por turnos, Pierre Le Clinche, y el maquinista iban a verla. ¿No se dio cuenta Fallut?

—¡No!

—Sin embargo, sospechaba. Daba vueltas a su alrededor y sólo la dejaba sola cuando era imprescindible.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Hablaban todavía de casarse con usted?

—No sé.

Y Maigret evocaba de nuevo la trainera, los fogoneros aislados en el pañol de calderas, los hombres amontonados bajo el castillo de proa, la cabina del telegrafista, la del capitán a popa, con la cama levantada.

¡Tres meses había durado la campaña!

Y durante ese tiempo, tres hombres habían rondado el camarote donde estaba encerrada esta mujer.

—¡Menuda la hice! —gruñó Adela—. Le juro que si tuviera que volver a empezar... Habría que desconfiar siempre de los hombres tímidos que le hablan a una de matrimonio.

—Si me hubieras hecho caso...

—¡Tú, cierra el pico! ¡Si te hubiera escuchado, ya sé en qué casa estaría yo a estas horas! No me gusta hablar mal de Fallut, porque está muerto, pero estaba algo chiflado. Tenía cada idea... Se hubiera sentido deshonrado sólo con burlar los reglamentos... Todo fue de mal en peor. A los ocho días, no abría la boca, excepto para hacerme escenas o para preguntarme si alguien había entrado en la cabina. Estaba celoso, sobre todo de Le Clinche. Me decía: «Ése te gustaría, ¿eh? ¡Un hombre joven! ¡Confíesalo! ¡Confiesa que si entrase aquí en mi ausencia, te le entregarías!». Y se reía irónico —proseguía la mujer—; hasta el punto de que me hacía daño.

—¿Cuántas veces fue a visitarla Le Clinche? —preguntó Maigret lentamente.

—Bueno, ¡tanto peor! Una vez, al cuarto día. No podría decir cómo ocurrió. Después ya no pudo volver. Fallut me vigilaba demasiado estrechamente.

—¿Y el maquinista?

—Nunca. Lo intentó; pero no pudo hacer nada. Venía a mirarme a través del ventanuco. Tenía el rostro muy pálido... ¿Usted cree que eso es vida? Me sentía como una bestia enjaulada. Cuando había mala mar, me ponía mala y Fallut no me cuidaba apenas. Permanecía semanas sin tocarme. Y, de pronto, le entraba la comezón. Me besaba a mordiscos y me apretaba hasta ahogarme.

Gastón Buzier había encendido un cigarrillo y fumaba con una sonrisa irónica.

—Usted notará, señor comisario, que estoy aquí por nada. Durante ese tiempo, estuve trabajando...

—¡Tú te callas! —dijo la mujer con impaciencia.

—¿Qué pasó al regreso?

—¿Qué pasó?

—¿Le había hablado Fallut de su intención de suicidarse?

—¿Él? En absoluto. Cuando llegamos a puerto, hacía quince días que no me dirigía la palabra. Creo que tampoco hablaba con nadie. Se quedaba durante horas mirando fijamente delante de él. Esto me decidió a dejarle. Estaba harta, ¿comprende usted? Prefiero morirme de hambre, pero conservar mi libertad. Oí que llegábamos al muelle. Entró en el camarote y sólo me dijo algunas palabras: «Esperará usted a que venga a buscarla».

—Espere. ¿No la tuteaba?

—Al final, no.

—Siga.

—No sé más. Mejor dicho, el resto me lo ha contado Gastón. Él estaba en el muelle, él...

—¡Hable! —dijo Maigret al hombre.

—Como ella ha dicho, yo estaba en el muelle. Vi a los marineros entrar en el café: Esperaba a Adela. Estaba oscuro. En un momento dado, el capitán descendió a tierra, solo. Había unos vagones estacionados allí. Dio algunos pasos, cuando un hombre se arrojó sobre él. No sé exactamente qué ocurrió, pero percibí el ruido de un cuerpo al caer al agua.

—¿Reconocería al hombre?

—¡No! Estaba muy oscuro y los vagones me ocultaban casi todo.

—¿En qué dirección se fue?

—Creo que siguió al muelle.

—¿Y no vio usted al telegrafista?

—No sé. No le conozco.

—Entonces, ¿cómo salió usted del barco?

—Alguien abrió la puerta del camarote. Era Le Clinche. Me dijo: «Huya rápido».

—¿Eso es todo?

—Quise preguntarle. Oía a la gente correr por el muelle y una lancha con un foco avanzaba por la dársena. «Huya», me repitió. Me empujó hacia la pasarela. Todos miraban hacia la proa y nadie se fijó en mí. Ya supuse que ocurría algo malo, pero preferí largarme. Gastón me esperaba un poco más lejos.

—¿Qué hizo desde entonces?

—Gastón estaba pálido. Bebimos ron en los bistrós y dormimos en el «Chemin de Fer». A la mañana siguiente, todos los periódicos hablaban de la muerte de Fallut. Entonces, empezamos por largarnos a El Havre, por si acaso, pues no queríamos vernos mezclados en esas historias.

—Pero eso no impide que haya querido venir a rondar por aquí —metió baza Gastón Buzier—. Yo no sé si es por el telegrafista o...

—¡Tú, cierra la...! ¡Ya basta! Naturalmente que la historia me interesa. Vinimos tres veces a Fécamp. Para no llamar demasiado la atención, dormíamos en Yport.

—¿No ha vuelto a ver al primer maquinista?

—¿Cómo lo sabe? Lo vi un día en Yport. Me miró de una manera que me asustó. Me siguió durante mucho rato.

—¿Por qué?

—Porque sí. ¿No lo comprende aún? Está convencido de que estoy enamorada de Le Clinche, que el telegrafista ha matado por mí. Me ha hecho escenas y, ¡ya estoy harta! Ya he pasado bastante en ese maldito barco.

—A pesar de todo, cuando le mostré su fotografía en la terraza...

—¿Qué malicioso! ¡Pues claro que comprendí que era usted de la Policía! Me dije que Le Clinche había hablado. Tuve miedo y aconsejé a Gastón que nos largásemos, pero en el camino lo pensamos mejor, al darnos cuenta de que nos podían echar el guante a la vuelta de la esquina. Sin contar que no

teníamos ni doscientos francos en el bolsillo. ¿Qué va usted a hacerme? No puede detenerme.

—¿Cree usted que es el telegrafista quien ha matado?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—¿Tiene usted unos zapatos amarillos? —se encaró bruscamente Maigret a Gastón Buzier.

—¿Yo? Sí... ¿Por qué?

—Por nada. Una simple pregunta. ¿Está usted seguro de que no es capaz de reconocer al asesino del capitán?

—No vi otra cosa que una silueta en la oscuridad.

—Bien. Pierre Le Clinche, que estaba allí, escondido entre los vagones, asegura que el asesino llevaba zapatos amarillos.

Buzier se levantó de un salto, la mirada dura y los labios crispados.

—¿Ha dicho eso? ¿Está usted seguro que ha dicho eso?

La rabia le ahogaba, le hacía balbucear. Ya no era el mismo personaje. Su puño golpeó contra el escritorio.

—¡Es demasiado fuerte! ¡Caréeme con él! Es preciso, ¡maldita sea!, y ya verá quién ha mentido. ¡Zapatos amarillos...! Y entonces, era yo, ¿no? Es él quien me quita la mujer. ¡Es él quien la hace salir del barco! Y tiene la desfachatez de decir...

—Poco a poco.

Ya no podía respirar. Jadeó:

—¿Oyes, Adela? ¡Mira tus amantes!

Unas lágrimas de rabia le resbalaban por los párpados. Sus dientes castañeteaban.

—¡Maldición de maldiciones! Soy yo quien ha... ¡Esto es demasiado! ¡Mejor que en el cine! Y como he tenido dos condenas, le creerán a él. ¡He matado al capitán Fallut! ¿A lo mejor porque estaba celoso? ¿Y qué más? ¿He matado al telegrafista también?

Se pasa la mano por los cabellos, con un gesto febril, poniéndose la cabellera en desorden. Así, parecía todavía más delgado. Sus ojos estaban más hundidos, y su color se había vuelto mate.

—¿Qué espera, pues, para detenerme?

—¡Cállate! —gritó su amante.



También ella estaba agitada. Pero esto no le impedía lanzar a su compañero miradas inquisitivas.

¿Es que dudaba? ¿O no era más que una comedia?

—Si va usted a detenerme, hágalo en seguida. Quiero que me careen con ese señor. ¡Ya verá!

Maigret tocó un timbre. El secretario del comisario asomó un rostro inquieto.

—Tenga aquí a estos dos señores hasta mañana por la mañana, hasta que el jefe tome una decisión.

—¡Crápula! —le lanzó Adela escupiendo en el suelo—. Me volverán a coger diciendo la verdad... ¡Pues, sabe! Todo lo que he contado es mentira. ¡Y no firmaré ninguna declaración! ¡Haga usted lo que quiera! ¡Ah! Pues que...

Y volviéndose a su amante:

—No te preocupes, Gastón. ¡Tenemos toda la razón! Y ya verás como al final, nos saldremos con la nuestra. Porque una ha figurado en el registro de costumbres ya se creen con derecho a... Una sólo es buena para que la metan en la cárcel. ¿No seré yo, por casualidad, quien mató al capitán?

Maigret salió sin oír más. En la calle se llenó los pulmones de aire marino y sacudió la ceniza de su pipa. No había dado aún diez pasos, cuando llegó hasta sus oídos, desde la comisaría, la voz de Adela lanzando a los agentes las palabras más ordinarias de su vocabulario.

Eran las dos de la mañana. La noche era de una calma irreal. La marea estaba alta y las barcas de pesca balanceaban sus mástiles a mayor altura que los tejados de las casas.

Y dominando esto, el ruido de las olas, una tras otra, llegando regularmente a los guijarros.

Unas luces crudas alrededor del «Océan». Todavía seguían descargando, día y noche. Los descargadores empujaban, arqueando el lomo, los vagones de bacalao a medida que los llenaban.

«A la cita de los Terranova» estaba cerrado. En el Hotel de la Playa, el portero, que se había puesto un pantalón sobre la camisa de dormir, abrió la puerta al comisario.

Una sola lámpara lucía en el vestíbulo. Es por ello que Maigret no distinguió de inmediato a una silueta de mujer en una butaca de mimbre.

Era Marie Léonnec. Dormía, la cabeza sobre el hombro.

—Creo que le está esperando a usted —musitó el portero.

Estaba pálida. Se la adivinaba anémica. Sus labios estaban faltos de calor y las ojeras de sus párpados traicionaban la fatiga. Dormía con la boca entreabierta, como si le faltara el aire.

Maigret le tocó suavemente en el hombro. La muchacha dio un respingo y se incorporó mirándole confusa.

—Me he quedado dormida.

—¿Por qué no se ha acostado todavía? ¿No le ha acompañado mi mujer a su habitación?

—Sí... Pero he vuelto a bajar sin ruido. Quería saber si... Oiga...

Estaba menos bonita que de costumbre, pues el sueño le había puesto la piel húmeda. Una picadura de mosquito ponía una mancha roja en su frente.

Su vestido, que debería de haber cortado ella misma, sobre una sarga resistente, estaba todo arrugado.

—¿Ha descubierto algo nuevo? ¿No? Escuche... He vacilado mucho. No sé cómo decírselo. Antes de que yo vea a Pierre mañana, quisiera que usted le hablase, que le dijera que sé todo lo de esa mujer y que no me importa. Estoy segura de que él no es culpable. Solamente que, si yo le hablo primero, se sentirá molesto. Ya lo ha visto usted esta mañana. Se reconcome. ¿No es natural, después de todo, que si había una mujer a bordo, él...?

¡Pero no! Aquello era superior a sus fuerzas. Estalló en sollozos y no pudo parar de llorar.

—Sobre todo, no quiero que salga en los periódicos, que mis padres se enteren. Ellos no lo comprenderían. Ellos...

La muchacha hipaba.

—¡Tiene que encontrar al asesino! Me parece que si yo pudiera interrogar a las gentes. Perdón. Ya no sé lo que digo. Usted sabe más que yo, pero no conoce a Pierre. Tengo dos años más que él. Es como un chiquillo. Si le acusan, es capaz de encerrarse en sí mismo, por orgullo, y no decir nada. Es demasiado susceptible. Le han humillado muchas veces.

Maigret le puso la mano en el hombro, lentamente, y ahogó un profundo suspiro.

La voz de Adela le zumbaba aún en los oídos. La volvía a ver, provocativa, deseable en su florecimiento animal, magnífica de sensualidad.

Y la jovencita bien educada, anémica, intentaba contener sus sollozos, sonreír con confianza.

—Cuando usted le conozca.

Pero lo que ella no conocería jamás era el camarote negro, alrededor del cual rondaban tres hombres durante días, semanas, en medio del mar, mientras que los de las máquinas y los del castillo de proa adivinaban confusamente el drama, observaban el mar, discutían las maniobras, se dejaban dominar por la inquietud y hablaban de mal de ojo y locura.

—Veré a Le Clinche mañana.

—¿Y yo?

—Quizá. Probablemente. Tiene usted que descansar.

Y Madame Maigret murmuraba un poco más tarde, entre sueños:

—Es una muchacha encantadora. ¿Sabes que tiene preparado ya todo su ajuar? Completamente bordado a mano. ¿Hay algo nuevo...? Hueles a perfume.

Algo del violento perfume de Adela, sin duda, que se le había pegado. Un perfume vulgar como el vino tinto de los bistrós y que, durante meses, a bordo del bacaladero, se había mezclado con el olor rancio del pescado, mientras que unos hombres rondaban, obstinados, huraños como perros, alrededor de la cabina.

—¡Duerme bien! —dijo subiéndose el embozo hasta el mentón.

Fue un beso grave, profundo, el que puso Maigret sobre la frente de su mujer, ya dormida.

## CAPÍTULO SEIS

### LOS TRES INOCENTES

Una puesta en escena muy simple: la de la mayoría de los careos. La diligencia tuvo lugar en un despachito de la prisión. El comisario. Girard, de El Havre, que dirigía la investigación, se sentaba en el único sillón. Maigret estaba recostado contra la chimenea de granito negro. En las paredes, gráficos, avisos de oficiales y una litografía del Presidente de la República.

De pie, a plena luz, Gastón Buzier calzado con sus zapatos amarillos.

—Hagan entrar al telegrafista.

La puerta se abrió. Pierre Le Clinche, que no había sido advertido, avanzó, la frente arrugada, como el hombre que sufre y que sabe le esperan nuevas pruebas. Ve a Buzier, pero le presta la menor atención y mira a su alrededor preguntándose hacia quién tenía que volverse.

Por su parte, el amante de Adela le miraba de pies a cabeza, con aire desdeñoso.

Le Clinche tenía mala cara. No buscaba alardear de valor u ocultar su desaliento. Estaba triste como un animal enfermo.

—¿Reconoce al hombre que tiene delante?

Miró a Buzier y pareció buscar en su memoria.

—No. ¿Quién es?

—Mírelo bien, de arriba a abajo.

Le Clinche obedeció y cuando su mirada llegó a los zapatos, levantó la cabeza.

—¿Bien?

—Sí.

—¿Qué significa ese sí?

—Comprendo lo que usted quiere decir. Los zapatos amarillos.

—¡Claro! —se indignó de pronto Gastón Buzier, que hasta el momento no había dicho nada, aunque seguía mostrando su expresión de fastidio—. ¡Repite, pues, que he sido yo quien se ha cargado a su capitán! ¿No?

Todos los ojos apuntaban al telegrafista, que bajó la cabeza e inició un gesto cansado con la mano.

—Hable.

—A lo mejor no eran esos zapatos.

—¡Ah, ah! —triunfaba el otro—. ¡Te desinflas!

—¿No reconoce al asesino de Fallut?

—No sé. No...

—Usted no ignora que está en presencia de una tal Adela a la que usted conoce. Ha confesado él mismo que estaba en las proximidades de la trainera en el momento del crimen y que llevaba zapatos amarillos.

Buzier le desafiaba con la mirada, temblando de impaciencia y rabia.

—¡Sí, que hable! Pero que diga la verdad, porque si no, juro que...

—¡Usted a callar! Entonces, Le Clinche...

El telegrafista se pasó una mano por la frente e hizo una mueca de dolor.

—¡No sé!

—Usted vio a un hombre que llevaba zapatos amarillos precipitarse contra Fallut.

—Lo he olvidado.

—Eso es lo que declaró en el primer interrogatorio. Y no hace tanto tiempo. ¿Mantiene esa afirmación?

—Pues bien, ¡eso no! Vi a un hombre con zapatos amarillos. Eso es todo. Pero no sé si fue él el asesino.

A medida que el interrogatorio proseguía, Gastón Buzier, un poco aplanado también tras haber pasado la noche en la comisaría, recobraba su aplomo. Se balanceaba sobre una pierna a la otra, con una mano en el bolsillo.

—¡Observará usted que se desinfla! No se atreve a mantener las mentiras que le dijo.

—Contésteme, Le Clinche. Hasta ahora, estamos seguros de la presencia de dos personas cerca de la trainera, en el momento de la muerte del capitán. Usted de una parte, y Buzier de otra. Después de haber acusado a su compañero, ahora parece retractarse. ¿Había, pues, una tercera persona? En ese caso, si la había, usted no puede haber dejado de verla. ¿Quién es?

Silencio. Pierre Le Clinche miraba fijamente al suelo.

—Repito mi pregunta: ¿Había una tercera persona en el muelle?

—No sé —suspiró el muchacho con la voz rota.

—¿Quiere eso decir que sí?

Un encogimiento de hombros que parecía significar: «Si usted quiere...».

—¿Quién?

—Estaba muy oscuro.

—Entonces, dígame por qué ha pretendido que el asesino llevaba zapatos amarillos. ¿No sería para desviar las sospechas del verdadero culpable, al que usted conoce?

El joven se oprimió la frente con las manos.

—¡No puedo más! —gimió.

—¡Conteste!

—No... Haga lo que quiera.

—Introduzcan al testigo siguiente.

Cuando se abrió la puerta, fue Adela la que se adelantó con exagerada seguridad. De un vistazo, repasó la asamblea tratando de darse cuenta de cómo había andado la cosa. Lanzó una larga mirada al telegrafista, pareciendo sorprenderle de encontrarlo tan abatido.

—Supongo, Le Clinche, que reconoce usted a la mujer. Que el capitán Fallut tuvo escondida en su camarote durante toda la campaña y de la que fue usted amante.

Él la miró con frialdad. Sin embargo, los labios de Adela se abrían ya con una sonrisa animosa.

—Es ella.

—En suma, a bordo eran tres los que rondaban alrededor de su persona: el capitán, el primer maquinista y usted. Usted la consiguió, al menos una vez. El primer maquinista no tuvo éxito. ¿Supo el capitán que usted le había engañado?

—No me habló de ello.

—Era muy celoso, ¿no? ¿Fue a causa de esos celos por lo que permaneció tres meses sin dirigirles la palabra?

—No.

—¡Cómo! ¿Hay otra razón?

Al llegar aquí, se puso colorado, no sabía dónde mirar y balbució, demasiado de prisa:

—Es decir, tal vez fuera eso. No sé.

—¿Qué otro motivo de odio o desconfianza había entre ustedes?

—Yo... No había ninguno. Tiene usted razón. Estaba celoso.

—¿Qué sentimiento le impulsó a ser amante de Adela?

Silencio.

—¿La amaba usted?

—No —dejó caer secamente.

Y la mujer saltó:

—¡Muchas gracias! Por lo menos, tú eres educado, vaya. Pero a pesar de ello hasta el último momento diste vueltas a mi alrededor. ¿No es cierto? También es verdad, que otra te esperaba en tierra.

Gastón Buzier fingía silbar, los dedos metidos en las sisas del chaleco.

—Dígame, Le Clinche, si cuando volvió a bordo, después de haber presenciado la muerte del capitán, Adela estaba todavía encerrada en la cabina.

—Sí. Aún estaba encerrada.

—Así pues, ella no pudo matarle.

—No, eso no. Le juro...

Le Clinche se ponía nervioso, pero el comisario Girard continuaba pesadamente:

—Buzier afirma que usted no ha matado. Después de haberle acusado usted, se retracta... Otra hipótesis es que sean cómplices los dos.

—¡Muchas gracias! —reventó Buzier con violento desprecio—. Cuando quiera cometer un crimen no será con un... un...

—¡Basta! El uno y el otro pudieron haber matado impulsados por los celos, puesto que ambos tuvieron a Adela por amante.

Risita irónica de Buzier.

—¿Celoso yo? ¿De qué?

—¿Tiene usted algo que declarar, Le Clinche?

—No.

—¿Buzier?

—Quiero hacer constar que soy inocente y pido que se me ponga en libertad.

—¿Y usted?

Adela se estaba pintando los labios.

—Yo... —un trazo con el lápiz de labios—. Yo... —una mirada al espejo — no tengo nada que decir. Todos los hombres son unos cara duras. ¿Ha oído usted a ese crío? Por él hubiera sido capaz de hacer tonterías. No hace falta que me mires así, Gastón... Ahora, si quiere usted mi opinión, le diré que en toda esta historia del barco hay muchas cosas que no sabemos... Desde el momento en que han sabido que había una mujer a bordo, han creído que eso lo explicaba todo. ¿Y si hubiera otra cosa?

—¿Por ejemplo?

—¡Yo qué sé! No estoy en la Policía.

La mujer ocultaba su pelo en un gorrito de paja roja.

Maigret se fijó que Le Clinche volvía la cabeza.

Los dos comisarios intercambiaron una mirada y Girard dijo:

—Le Clinche va a volver a su celda. Ustedes dos, esperen en la sala de visitas. En un cuarto de hora, les haré saber si están libres o no.

Los policías se quedaron solos.

—¿Quiere proponer al juez de instrucción que les ponga en libertad? — preguntó Maigret.

—Sí. Creo que es lo mejor que podemos hacer. Tal vez estén mezclados en el drama, pero a pesar de todo hay elementos que se nos escapan.

—¡Por supuesto!

—¿Oiga? Deme el Palacio de Justicia de El Havre, señorita. ¡Oiga!

Un poco después, el comisario Girard hablaba con el magistrado. Se oyó un rumor en los pasillos, fuera, y Maigret se precipitó hacia allá. En el suelo, Le Clinche se debatía en medio de tres agentes.

—¿Qué le ha pasado?



—No le habíamos puesto las esposas en vista de que siempre estaba tranquilo. Al pasar por este pasillo, ha tratado de coger mi revólver. Quería matarse, pero le pude impedir que disparase.

Tumbado en el suelo, Le Clinche miraba fijamente hacia arriba y sus dientes se hundían en sus labios, mezclando la sangre a la saliva.

Lo que más turbaba eran las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Quizá un médico...

—No. Suéltelo —ordenó Maigret.

Y cuando quedó solo en el suelo:

—¡De pie! ¡Vamos! ¡Más de prisa! ¡Y tranquilo! Si no, le daré una bofetada, condenado crío...

El telegrafista obedeció dócilmente. Todo su cuerpo se estremecía de fiebre. Se había llenado de polvo al estar en el suelo.

—¿Qué hace de su novia en todo esto?

El comisario Girard se acercaba.

—¡Bueno! Están en libertad los tres —dijo—, pero no pueden abandonar Fécamp. ¿Qué ha ocurrido aquí?

—Este imbécil ha querido matarse. Si usted me lo permite, voy a ocuparme de él.

Marcharon a lo largo del muelle. Le Clinche se había lavado la cara con agua fresca, pero la tenía marcada aún con placas rojas. Tenía los ojos febriles, los labios coloreados.

Vestía un traje de confección, de tres botones, que había abrochado de cualquier forma. El nudo de la corbata estaba mal hecho.

Maigret, las manos en los bolsillos, marchaba con aire obstinado, refunfuñando como para sí mismo:

—Debe usted comprender que no tengo tiempo para darle lecciones de moral. Pero una sola cosa: su novia está aquí. Es una buena chica y ha venido desde Quimper y ha removido cielo y tierra por usted. Quizá no valga la pena desesperarla.

—¿Sabe que...?

—Es inútil que le hable de esa mujer.

Maigret no dejaba de observarle. Llegaban a los muelles. Los colores vivos de las barcas de pesca estallaban al sol. Las aceras estaban animadas.

Le Clinche, tan pronto parecía recobrar el deseo de vivir, mirando a su alrededor con esperanza, como se endurecían sus pupilas y se clavaban con hosquedad en las gentes y en las cosas.

Tenía que pasar cerca del «Océan», del que era el último día de descarga. Quedaban tres vagones frente a la trainera.

Sin hacerle caso apenas, Maigret murmuró señalando unos puntos en el espacio:

—Usted estaba allí. Gastón Buzier, aquí... Y en ese lado, el tercer hombre estranguló al capitán.

Su acompañante respiró profundamente y volvió la cabeza.

—Pero estaba oscuro y no podían reconocerse entre sí. De cualquier modo, el tercero no era ni el primer maquinista ni el segundo oficial, pues ambos se hallaban en «A la cita de los Terranova».

El bretón que estaba en el puente, vio al telegrafista y fue a inclinarse a una escotilla, de la cual surgieron tres hombres para mirar a Le Clinche.

—Venga. Marie Léonnec le espera.

—No puedo.

—¿Qué es lo que no puede?

—Ir allá. Se lo suplico, déjeme. ¿Qué le puede importar a usted que me destruya? Sobre todo si eso ha de ser mejor para todos.

—¿Tan pesado es el secreto, Le Clinche?

El telegrafista permaneció mudo.

—Realmente, no puede decir nada, ¿verdad? Pero, dígame una sola cosa. ¿Desea usted todavía a Adela?

—¡La detesto!

—No le he preguntado eso. He dicho desear, como la deseó durante la campaña. Estamos entre hombres. ¿Ha tenido muchas aventuras antes de conocer a Marie Léonnec?

—No. Cosas sin importancia.

—¿Y nunca la pasión, el deseo de una mujer hasta el punto de llorar?

—Nunca.

—Pero eso le ocurrió a bordo. Una mujer, una única mujer, en un escenario rudo, monótono. Carne perfumada en la trainera apestando a pescado. ¿Decía algo?

—Nada.

—¿Ha olvidado a su novia?

—No es lo mismo.

Maigret le miró de frente y quedó sorprendido del cambio que acababa de producirse. Le Clinche ofrecía de repente una frente obstinada, una mirada fija y una boca amarga. Sin embargo, a pesar de todo, algo de nostalgia, algo de ensueño, en la expresión.

—Marie Léonnec es bonita —continuó Maigret que persistía en su idea.

—Sí.

—Y mucho más distinguida que Adela. Además, le quiere y está dispuesta a todos los sacrificios para...

—¡Cállese! —estalló el telegrafista—. ¡Usted sabe muy bien que...!

—¡Que es otra cosa! Que Marie es una chica formal, que será una esposa modelo, que cuidará a sus hijos, pero que... le faltará siempre algo, ¿verdad? Algo más violento. Una cosa que usted ha conocido a bordo, oculta en la cabina del capitán, con el miedo apretándole un poco el cuello, en los brazos de Adela. Una cosa vulgar, brutal. La aventura. Las ganas de morder, de hacer un gesto definitivo, de matar o de morir.

Le Clinche le miró sorprendido.

—¿Cómo sabe...?

—¿Cómo lo sé? Porque esa aventura todos la hemos visto pasar por lo menos una vez en nuestra vida. ¡Se llora, se grita, se agoniza! Y, quince días después, mirando a Marie Léonnec, uno se pregunta cómo se ha dejado conmovido por una Adela.

Andando, el muchacho miraba el agua como un espejo de la dársena. Se veía sobre ella el reflejo de la banda roja, blanca o verde de los barcos.

—La campaña ha terminado. Adela se ha ido. Marie está aquí.

Hubo un momento de calma. Maigret siguió:

—La crisis ha sido dramática; un hombre muerto porque la pasión navegaba con el «Océan» y...

Pero la fiebre había vuelto a apoderarse de Le Clinche:

—¡Cállese! ¡Cállese! No. ¡Ve perfectamente que no es posible!

Tenía los ojos extraviados. Se volvió para mirar a la trainera que, con sus bodegas casi vacías ahora, sobresalía como un monstruo sobre el parapeto. Sus terrores volvían a apoderarse de él.

—Le suplico... Tiene que dejarme.

—El capitán también, durante la campaña, estaba angustiado, ¿verdad?

—¿Qué quiere usted decir?

—Y el jefe de máquinas.

—No.

—¡No había más que ustedes dos! Era el miedo, ¿verdad?

—No sé... Déjeme, por favor.

—Adela estaba en el camarote. Tres hombres rondaban. Sin embargo, el capitán no quería ceder a su deseo, permaneciendo días y días sin hablar a su querida. Usted la miraba por los ventanucos, pero después de un único encuentro, ya no la tocó.

—Cállese.

—Los hombres, en el collado y en la faena, hablaban de mal de ojo y la campaña salía desastrosa; falsas maniobras, un grumete al agua, dos hombres heridos, el bacalao averiado y la entrada calamitosa en el puerto.

Doblaban el ángulo formado entre el muelle y la playa, que se extendía entre ellos con su franja bien limpia, sus chalets, las cabinas de baño y los sillones multicolores sobre los guijarros.

En una mancha de sol, se distinguía a Madame Maigret sentada en un sillón plegable, cerca de Marie Léonnec que llevaba un sombrero blanco.

Le Clinche siguió la mirada de su acompañante y se detuvo en seco, con las sienes húmedas.

El comisario continuaba:

—No ha bastado con una mujer... ¡Vamos! Su novia le ha visto.

Era verdad, Marie se levantó. Permaneció un momento inmóvil, como si la emoción fuera demasiado fuerte. Y ahora se precipitaba a lo largo del espigón, mientras Madame Maigret soltaba su labor y esperaba.

## CAPÍTULO SIETE

### EN FAMILIA

Fue una de esas situaciones que se plantean solas y de las cuales es difícil escapar. Marie Léonnec, sola en Fécamp, recomendada a los Maigret por un amigo común, hacía sus comidas con ellos.

Y ahora también estaba allí su novio. Se encontraban los cuatro en la playa, en el momento en que la campana del hotel anunciaba la comida.

Hubo una vacilación por parte de Pierre Le Clinche, que miró a sus compañeros con embarazo.

—Vamos. Pondrán un cubierto más —dijo Maigret.

Tomó el brazo de su mujer para atravesar el dique. La joven pareja les siguió en silencio. De los dos, principalmente hablaba Marie, en voz baja, con tono categórico.

—¿Sabes tú qué le está diciendo? —preguntó el comisario a su mujer.

—Sí. Me lo ha repetido más de diez veces esta mañana para saber si estaba bien. Le asegura que ella no le guarda rencor, «sea lo que fuere que haya pasado», ¿comprendes? No le habla de la mujer. Finge no saber nada, pero me ha dicho que subrayaría especialmente las palabras «sea lo que fuere que haya pasado». ¡Pobre pequeña! Iría a buscarle al fin del mundo.

—¡Ay!

—¿Qué quieres decir?

—Nada. ¿Es nuestra mesa?

El almuerzo fue tranquilo, demasiado tranquilo. Las mesas estaban muy juntas y no se podía hablar en voz alta.

Maigret evitaba el mirar a Le Clinche, con objeto de tranquilizarle, pero la actitud del telegrafista era inquietante, tanto para él como para Marie Léonnec, en cuyo rostro se reflejaba el abatimiento.

El muchacho permanecía taciturno, hundido. Comía, bebía y contestaba a sus preguntas, pero su pensamiento estaba lejos de allí. Varias veces, al oír pasos tras él, se sobresaltaba como si temiera algún peligro.

Los ventanales del comedor, abiertos de par en par, dejaban ver el mar salpicado de sol. Hacía calor. Le Clinche estaba de espaldas al paisaje y, de vez en cuando, se volvía bruscamente, con un gesto nervioso, como para interrogar al horizonte.

Era Madame Maigret quien hacía el gasto en la conversación dirigiéndose sobre todo a la muchacha, hablándole de futilidades, sólo para no dejar que cesara el silencio.

Se estaba lejos de todo drama. Decoración de hotel familiar. El estrépito tranquilizador de los platos y los vasos. Media botella de burdeos en la mesa y una botella de agua mineral.

A los postres, el gerente del hotel mete la pata y pregunta:

—¿Hay que preparar una habitación para el señor?

Era a Le Clinche a quien miraba. Había olfateado al novio. Y sin duda, tomaba a los Maigret por los padres de la muchacha.

Dos o tres veces, el telegrafista tuvo el mismo ademán que por la mañana, cuando el careo. Un movimiento rápido de la mano sobre la frente. Un movimiento muy blando, cansado.

—¿Qué hacemos?

Los comensales se dispersaban. Ellos cuatro permanecían de pie, en la terraza.

—¿Y si nos sentáramos un momento? —propuso Madame Maigret. Sus hamacas estaban allí, sobre los guijarros. Los Maigret se sentaron. Los muchachos permanecieron un momento más de pie, indecisos.

—¿Paseamos un poco? —dijo, al fin Marie Léonnec con una vaga sonrisa a Madame Maigret. El comisario encendió su pipa, refunfuñando, ya a solas con su mujer:

—¡Si esta vez no tengo pinta de suegro...!

—No saben qué hacer... Su situación es delicada —observó su mujer, que les seguía con los ojos—. Mírales. Están molestos. Quizá me equivoque, pero creo que Marie tiene más carácter que su novio.

El aspecto de él era lastimoso, paseando su flaca silueta con pasos indolentes, sin ocuparse de su compañera, sin hablarle, habría podido afirmarse aún viéndoles desde lejos.

Se sentía, sin embargo, que la muchacha ponía muy buena voluntad, que charlaba para aturdirlo, tratando incluso de mostrarse alegre.

Había otros grupos en la playa, pero Le Clinche era el único hombre que no llevaba pantalón blanco. Llevaba el traje de ciudad, lo que le hacía aparecer más triste todavía.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Madame Maigret.

Y su marido, tumbado en la hamaca, los ojos medio cerrados:

—Diecinueve años. Un crío. Y me parece que desde ahora, es sólo un pájaro para el gato, un caso perdido.

—¿Por qué? ¿No es inocente?

—Probablemente no ha matado. No. Pondría la mano en el fuego. Pero me temo que, a pesar de todo, está perdido. Míralo. Mira a ella.

—¡Bah! Que tengan un momento a solas y se besen...

—Quizá.

Maigret era pesimista.

—Ella es apenas mayor que él. Le quiere mucho. Está dispuesta a ser una buena esposa.

Después de un momento, Madame Maigret continúa:

—¿Por qué crees tú que...?

—¿Qué eso no sucederá? Una impresión. ¿Te has fijado alguna vez en las fotografías de las personas muertas jóvenes? Siempre me ha llamado la atención el que estos retratos, hechos cuando esas personas disfrutaban de buena salud, tiene ya algo de lúgubre. Se diría que los que están predestinados a ser víctimas de un drama, llevan su condenación en el rostro, marcada como un estigma.

—¿Y crees que ese chico?

—Es triste y siempre lo habrá sido. Ha nacido pobre. Ha sufrido su pobreza. Ha trabajado todo lo que ha podido, encarnizadamente, como se

nada contra la corriente. Pudo llegar a ser el novio de una muchacha encantadora, de una condición social superior a la suya... ¡Pues, bien! Me cuesta trabajo creerlo. Míralos. Se debaten. Quisieran ser optimistas. Intentan creer en su destino.

Maigret hablaba suavemente, con una voz sorda, siguiendo con los ojos a las dos siluetas que se recortaban contra el mar centelleante.

—¿Quién dirige oficialmente la encuesta?

—Girard, un comisario de la Brigada de El Havre que tú no conoces. Un hombre inteligente.

—¿Le cree culpable?

—No. Al menos, no tiene prueba alguna y, tampoco, una sospecha seria.

—Y, ¿tú crees que...?

Maigret se vuelve como para mirar a la trainera, que ahora queda tapada tras una manzana de casas.

—Yo creo que ha sido una campaña trágica, al menos para dos hombres. Trágica para que a su regreso, el capitán Fallut «no pudiera vivir» y para que al telegrafista «no le sea posible reanudar el hilo normal de su existencia».

—¿Por culpa de una mujer?

No contestó directamente a su pregunta y prosiguió:

—Y todos los otros, los que estaban fuera del drama, hasta los fogoneros, han quedado marcados a pesar de ellos mismos. Se han vuelto huraños, irritables... Dos hombres y una mujer, durante tres meses, se han agitado alrededor del castillo de popa. Algunos mamparos negros agujereados con ventanucos... Eso fue bastante.

—Te he visto pocas veces tan impresionado por un caso. Una cosa que ha bastado para matar al capitán Fallut y que permite ahora desamparar a esos dos seres que parecen buscar ahora entre los guijarros de la playa los despojos de sus sueños.

Los jóvenes se acercaban con los brazos caídos, dudando de si la cortesía les obligaba a reunirse con los Maigret o si la discreción les aconsejaba mantenerse a distancia.

Durante el paseo, Marie Léonnec había perdido mucha energía. Lanzó a Madame Maigret una mirada descorazonada. Se adivinaba que todas sus



tentativas habían resultado fallidas, que todos sus impulsos se habían estrellado como contra un muro de desesperación o de inercia.

Madame Maigret tenía costumbre de merendar, de forma que hacia las cuatro se instalaron las dos parejas en la terraza del hotel, debajo de los quitasoles rayados que daban al ambiente una alegría convencional.

El chocolate humeaba en dos tazas. Maigret había pedido cerveza, Le Clinche anisete con agua.

Hablaban de Jorissen, el profesor de Quimper, que había acudido a Maigret en favor del telegrafista y que había traído a Marie Léonnec. Se intercambiaban frases banales.

—Es el mejor hombre del mundo.

Se bordeaba el tema, aunque sin convicción, porque había que hablar. Repentinamente, los ojos de Maigret parpadearon, pendientes de una pareja que avanzaba a lo largo del malecón.

Eran Adela y Gastón Buzier. Desgarbado él, las manos en los bolsillos, el andar indolente y el sombrero de paja echado hacia atrás. Adela, animada y provocativa, como de costumbre.

«Con tal que no nos vean», pensó el comisario.

Y en ese mismo instante, la mirada de Adela se cruzaba con la suya. La mujer se detuvo, diciendo alguna cosa a su compañero, que intentaba disuadirla.

¡Demasiado tarde! Ya atravesaban la calle. Adela examinó una por una todas las mesas de la terraza y eligió la que estaba más próxima a los Maigret y se instaló de forma que tenía a Marie Léonnec justamente frente a ella.

Su amante la siguió con un encogimiento de hombros. Se tocó el borde del sombrero, al pasar delante del comisario, y se sentó, a horcajadas sobre la silla.

—¿Qué tomas?

—Chocolate, no, por supuesto. ¡Un kummel!

¿No era ya una declaración de guerra? Al decir chocolate, miraba a la taza de la muchacha y ésta se sobresaltó.

Marie nunca había visto a Adela, pero ¿no había comprendido ya? Marie miró a Le Clinche, que volvió la cabeza.

El pie de Madame Maigret tocó dos veces el de su marido.

—¿Y si nos fuéramos los cuatro al casino?

Había adivinado también. Pero nadie le contestó. Sólo Adela hablaba en la mesa vecina, suspirando.

—¡Qué calor! Toma mi chaqueta, Gastón.

Y quitándosela, deja ver una blusa de seda roja, el escote lujurioso, los brazos desnudos. Sus pupilas no se apartaban un instante de Marie.

—¿Te gusta el gris a ti? ¿No crees que deberían prohibir que se llevaran colores tan tristes en las playas?

Era estúpido. Marie Léonnec iba de gris. Adela mostraba su voluntad de atacar, no importa cómo, lo más pronto posible.

—¿Es para hoy, camarero?

Tenía la voz aguda. Se habría dicho que exageraba su vulgaridad. Gastón Buzier olfateaba el peligro. Conocía a su amante. Le dijo algunas palabras en voz baja. Pero ella, en voz alta, replicó:

—¿Y qué? ¿Es que la terraza no es de todo el mundo?

Madame Maigret era la única que les volvía la espalda. Maigret y el telegrafista estaban de perfil. Marie Léonnec de frente.

—Todo el mundo es igual, ¿verdad? Solamente que hay personas que se arrastran a los pies de una cuando no les pueden ver y que luego no os saludan cuando van acompañados.

Se puso a reír con una carcajada desagradable. Miraba con fijeza a la muchacha, que había enrojecido.

—¿Cuánto es esto, mozo? —preguntó Buzier, que tenía prisa por acabar.

—¡Tenemos tiempo de sobra! Vuelva a ponernos lo mismo, camarero. ¡Y tráigame cacahuetes!

—No tenemos.

—Pues vaya a buscarlos. Le pagan para eso, supongo.

Dos mesas más estaban también ocupadas. Las miradas convergían en la nueva pareja, que no podía pasar desapercibida. Maigret estaba preocupado. Sin duda, sentía ganas de poner fin a esta escena que, sin lugar a dudas, corría el riesgo de terminar mal.

Pero, por otra parte, tenía al telegrafista frente a él y lo sentía palpitante bajo su mirada.

Era apasionante como una disección. Le Clinche no se movía. No se había vuelto hacia la mujer, pero debía verla confusamente a su izquierda. En todo caso, debería ver la mancha roja de su blusa.

Sus pupilas, de un gris apagado, estaban fijas. Una de sus manos, sobre la mesa, se cerraba lentamente, como los tentáculos de un animal marino.

No podía preverse nada, todavía. ¿Iba a levantarse? ¿A huir? ¿Iba a precipitarse sobre ella, que seguía hablando? ¿Iba...?

¡No! ¡Nada de eso! Era otra cosa, cien veces más impresionante. No era solamente su mano la que se cerraba. Era todo su ser. Se encogía. Se replegaba sobre sí mismo.

Sus ojos se volvían del mismo gris que el color de su rostro.

No se movía. ¿Respiraba? Ni un estremecimiento. Ni una crispación. Pero esta inmovilidad, cada vez más completa, se volvía alucinante.

—Esto me recuerda a otro amante, que estaba casado y tenía tres hijos...

Marie Léonnec, que ya jadeaba, se bebió el chocolate de un trago, fingiendo aparecer serena.

—Era el hombre más apasionante del mundo... A veces, me negaba a recibirle y sollozaba en el descansillo, de forma que todos los vecinos se divertían mucho. «Adela adorada, mi vida». ¡Todo el repertorio! Un domingo me lo encontré paseando con la mujer y los críos. Oigo a su mujer que pregunta: «¿Quién es esa mujer?». Y él contestó gravemente: «Seguramente, una fulana, ya ves la forma ridícula de vestirse».

Adela se ríe. Está posando para la galería y espía en los rostros el efecto que produce.

—De todos modos, hay gente que no tiene mucho nervio.

Su compañero trató de hacerla callar de nuevo, diciéndole algo en voz baja.

—¡Narices! ¿Tienes miedo? Yo pago mis consumiciones, ¿no? No hago mal a nadie. Por lo tanto, no pueden decirme nada... ¿Y esos cacahuetes, mozo? ¡Tráigame otro kummel!

—¿Y si fuéramos...? —dijo Madame Maigret.

Era demasiado tarde. Adela ya estaba lanzada. Se notaba que, en caso de que se fueran, haría cualquier cosa para provocar el escándalo, costase lo que costase.

Marie Léonnec miraba con fijeza a la mesa, las orejas coloradas, los ojos brillantes y la boca entreabierta de angustia. Le Clinche había cerrado los ojos y permanecía allí, ciego, los rasgos rígidos, la mano sobre la mesa.

Maigret no había tenido ocasión de observarle tan detalladamente. El rostro era, a la vez, muy joven y muy viejo, como ocurre muchas veces en los adolescentes que han tenido una infancia penosa.

Le Clinche era alto, más de lo corriente, pero sus hombros no eran todavía los de un hombre.

La piel, poco cuidada, estaba manchada de pecas. Aquel día no se había afeitado, lo que ponía a sus mejillas unos reflejos rubios.

No era guapo. Probablemente, no había reído mucho en su vida. Por el contrario, había velado mucho, leído mucho, escrito mucho, en habitaciones sin lumbre, en su camarote arruinado por el océano, a la luz de malas lámparas.

—A mí lo que me revienta es comprobar cómo la gente honrada no vale mucho más que nosotros.

Adela se impacientaba.

Estaba dispuesta a decir lo que fuese con tal de salirse con la suya.

—Las jovencitas, por ejemplo, que juegan a las blancas palomas y que corren detrás de los hombres como ninguna grulla se atrevería a hacer.

El dueño del hotel, desde la puerta, interrogaba con la mirada a los clientes, como si preguntase si debía intervenir.

Maigret no veía más que a Le Clinche, en primer plano. La cabeza le colgaba un poco hacia adelante. Los ojos no estaban abiertos.

Pero unas lágrimas resbalaban, una a una, de los párpados cerrados, separando las pestañas y, vacilantes, zigzagueando en sus mejillas.

No era ésta la primera vez que el comisario veía llorar a un hombre. Sin embargo, era la primera vez que se conmovía tanto, quizá a causa del silencio, de la inmovilidad de todo el cuerpo.

Sólo estas perlas fluidas vivían en el telegrafista. El resto de su ser, estaba muerto.

Marie Léonnec no había visto nada. Adela iba a continuar hablando.

Entonces, un segundo más tarde; Maigret tuvo una intuición. La mano puesta sobre la mesa acababa de abrirse insensiblemente. La otra estaba en el

bolsillo.

Los párpados se entreabrieron apenas un milímetro, dejando filtrar una porción de la mirada. Era a Marie a quien esa mirada iba a buscar.

En el mismo instante en que Maigret se levantaba, sonó la detonación y todo el mundo se agitó con un barullo de gritos y sillas movidas.

Le Clinche no se movió inmediatamente. Sólo su busto se inclinó insensiblemente hacia la izquierda y su boca se abrió en un ligero estertor.

Marie Léonnec, a la que le costaba trabajo comprender, pues no había visto ningún arma, se echaba sobre él, le oprimía las rodillas, la mano derecha, y se volvía asustada.

—¿Qué ocurre, comisario?

Sólo Maigret lo había adivinado todo. Le Clinche tenía un revólver en el bolsillo, un revólver hallado Dios sabe dónde, ya que por la mañana, a la salida de la prisión, no tenía ningún arma.

¡Y era desde el bolsillo desde donde se había disparado! Era la culata lo que estrechó durante largos minutos, mientras Adela hablaba, mientras él cerraba los ojos, esperando, vacilando, quizá...

La bala debía haberle penetrado por el vientre o por el costado. Se veía la americana quemada, destrozada a la altura de la cadera.

—¡Un médico! ¡La policía! —gritaban por algún lado.

Llega un médico, en traje de baño, que estaba en la playa, a unos cien metros del hotel.

En el momento en que Le Clinche iba a caer, le sostuvieron. Le llevaron al comedor. Marie seguía al cortejo como una loca.

Maigret no había tenido tiempo de ocuparse de Adela ni de su amante. En el momento en que penetraba en el café, la vio de repente, lívida, vaciando un gran vaso contra el que castañeteaban sus dientes.

Se había servido ella misma. Tenía aún la botella en la mano. Llenó el vaso por segunda vez.

El comisario no se fijó más en ella, pero guardó el recuerdo de ese rostro pálido encima de la blusa roja y, sobre todo, de aquellos dientes castañeteando sobre el cristal.

No vio a Gastón Buzier. Cerraron la puerta del comedor.

—No se queden aquí —decía el dueño a sus clientes—. ¡Calma! El doctor no quiere ruido.

Maigret empujó la puerta y encontró al médico arrodillado. Madame Maigret sujetaba a la jovencita que, frenética, quería precipitarse sobre el herido.

—Policía... —dijo Maigret al médico.

—¿No podría hacer salir usted a esas señoras? Es preciso desnudarle y...

—Sí.

—Necesitaré dos personas que me ayuden. Tendrían que telefonar ya pidiendo una ambulancia. Seguía en traje de baño.

—¿Grave?

—No puedo decir nada antes de haber sondado la herida. ¿Se da cuenta?

Sí. Maigret se daba cuenta, viendo aquella cosa atroz, carne y ropas mezcladas.

Sobre las mesas, los cubiertos estaban ya preparados para la cena. Madame Maigret salió llevándose a Marie Léonnec. Un joven con pantalón de franela dijo tímidamente:

—Si me permite que le ayude... Soy alumno de farmacia.

Un rayo de sol oblicuo, completamente rojo, daba en el cristal y era tan cegador que Maigret fue a cerrar las persianas.

—¿Quiere usted levantarle las piernas?

Recordaba lo que había dicho a su esposa por la tarde, tumbado perezosamente en su hamaca, siguiendo con los ojos la silueta desgarrada que, junto a la silueta más pequeña de Marie Léonnec, evolucionaba a lo largo de la playa.

—Un pájaro para el gato...

El capitán Fallut había muerto nada más llegar. Pierre Le Clinche se había debatido larga y ferozmente, quizá incluso cuando tenía los ojos cerrados, una mano sobre la mesa y otra en el bolsillo, mientras Adela hablaba y hablaba para la galería.

## CAPÍTULO OCHO

### EL MARINERO BORRACHO

Era casi medianoche cuando Maigret salió del hospital. Había esperado hasta que sacaron la camilla del quirófano, llevando su gran forma blanca.

El cirujano se lavaba las manos. Una enfermera ordenaba el instrumental.

—Se intentará salvarle —contestaron al comisario—. El intestino está perforado por siete sitios. Es lo que se llama una fea herida. Hemos puesto en orden todo eso...

Y señalando cubos manchados de sangre, llenos de algodones y desinfectantes:

—Le aseguro que nos ha dado trabajo.

Estaban todos de buen humor, médicos, ayudantes y enfermeras. Les habían traído un herido en las últimas, sucio, el vientre roto y quemado a la vez, con trozos de ropa clavados en la carne.

Y, ahora, era un cuerpo limpio el que el camillero acababa de llevarse. El vientre había sido cosido cuidadosamente.

El resto vendría después. ¿Recobraría Le Clinche el sentido? En el hospital no se habían preocupado de saber quién era.

—¿Tiene verdaderamente posibilidades de salvarse?

—¿Por qué no? Hemos visto cosas peores durante la guerra.

Maigret había telefoneado inmediatamente al Hotel de la Playa con el fin de tranquilizar a Marie Léonnec. Ahora, salía del hospital completamente solo. La puerta se cerró tras él con el ruido de un instrumento bien engrasado. Era medianoche. La calle desierta. Casitas burguesas.

Aún no había dado diez pasos cuando una forma se separó de la pared y el rostro de Adela se mostró a la claridad de un reverbero, preguntando con su voz áspera:

—¿Ha muerto?

Debió de esperar durante horas. Sus rasgos acusaban el cansancio y los caracolillos de sus sienas estaban mustios.

—Todavía no —contestó Maigret con el mismo tono.

—¿Se morirá?

—Puede que sí, puede que no.

—¿Usted cree que lo he hecho a propósito?

—Yo no creo nada.

—Porque no es verdad.

El comisario seguía andando. Ella le seguía y para conservar el paso casi tenía que correr.

—Reconozca que, en el fondo, la culpa es suya...

Maigret fingía no escucharla siquiera, pero ella se obstinaba, testaruda.

—Usted sabe muy bien lo que quiero decir. A bordo, poco le faltó para que me hablase de casarse conmigo. Pero una vez en tierra...

No se descorazonaba. Parecía poseída por la imperiosa necesidad de hablar.

—Si usted cree que soy una mala mujer, es que no me conoce. Sólo que hay momentos... Escúcheme, señor comisario. Es preciso que me diga la verdad. Yo sé lo que es una bala. Sobre todo a quemarropa, en el vientre. ¿Le han hecho la laparotomía, verdad?

Se notaba que debía de haberse arrastrado por los hospitales y oído hablar mucho a los médicos y frecuentado también gentes que no sufrían su primera herida de revólver.

—¿Ha ido bien la operación? Parece que eso depende de la última comida que se ha hecho.

No era una angustia violenta. Era una áspera obstinación que nada la hacía caer.

—¿No quiere contestarme? Sin embargo, usted ha comprendido perfectamente por qué rabiaba yo antes. Gastón es un bribón a quien nunca he querido... Mientras que el otro...



—¡Es posible que viva! —articuló Maigret mirando a la mujer a los ojos —. Pero si el drama del «Océan» no se ha resuelto, no le valdrá de mucho.

Maigret esperaba una palabra, un estremecimiento. Ella bajó la cabeza.

—Naturalmente, usted cree que yo sé... Desde el momento que dos hombres eran mis amantes... Pero yo le juro... ¡No! Usted no conocía al capitán Fallut. No puede comprenderlo... Estaba enamorado, claro. Venía a verme a El Havre... Y una pasión así, a su edad, le sorbía un poco el seso. Pero esto no le impedía seguir siendo un hombre minucioso en todo, muy dueño de sí, maniático a fuerza de amar el orden... Todavía me pregunto cómo se decidió a esconderme a bordo. Pero lo que sé es que, apenas en alta mar, ya estaba arrepentido y que a fuerza de lamentarlo llegó a aborrecerme. Su carácter cambió en seguida.

—Y eso sin que el telegrafista la hubiese visto a usted todavía.

—¡No! Fue durante la cuarta noche, ya se lo dije a usted.

—¿Está segura de que Fallut se encontraba raro anteriormente?

—No tanto, quizás. Pero luego los días fueron alucinantes. Yo me preguntaba si no estaba completamente loco.

—¿Y no tiene la menor idea de la razón de esa actitud?

—No. He pensado en ello. A veces, me decía que había un secreto entre el capitán y el telegrafista. Hasta he pensado que hacían contrabando. ¡Ah, no me volverán a meter en un barco de pesca! Piense que eso duró tres meses. ¡Y para acabar así! Uno muerto a la llegada. El otro... ¿No ha muerto, verdad?

Habían llegado a los muelles y la mujer no sabía si continuar avanzando.

—¿Dónde está Gastón Buzier?

—En el hotel. Sabe muy bien que no es el momento de fastidiarme y que le enviaría a paseo por menos de nada.

—¿Va a reunirse con él?

Adela se encogió de hombros con un gesto que podía significar: «¿Por qué no?».

Tuvo, sin embargo, una especie de vuelta a la coquetería. En el momento de despedirse de Maigret, murmuró con una sonrisa torpe:

—Le doy las gracias, señor comisario. Ha sido usted muy bueno conmigo. Yo...

Pero no se atrevió a llegar hasta el final. Era una invitación, una promesa.  
—¡Bueno! ¡Bueno! —gruñó Maigret mientras se alejaba.  
Y empujó la puerta de «A la cita de los Terranova».

En el momento en que ponía la mano sobre el picaporte, se oía claramente el rumor interior del café, como si una docena de hombres hablasen a la vez.

Con la puerta abierta, de golpe, sin transición, se hizo el silencio más absoluto. Y, sin embargo, eran más de diez los que estaban en la sala, en dos o tres grupos que debían de interpelarse de mesa a mesa.

El patrón salió al encuentro de Maigret, al que estrechó la mano no sin cierto embarazo.

—¿Es cierto lo que cuentan? ¿Le Clinche se ha disparado un tiro de revólver?

Los consumidores bebían por guardar las apariencias. Estaban Ptit Louis, el negro, el bretón, el maquinista de la trainera y algunos más a los que el comisario había terminado por conocer de vista.

—Es verdad.

Observó cómo el maquinista, repentinamente inquieto, se revolvía en su banqueta de hule.

—¡Una estupenda campaña! —gruñó alguien en un rincón, con pronunciado acento normando.

Y estas palabras debían traducir muy bien la opinión general, pues las cabezas de muchos se bajaron, y un puño estalló contra una mesa de mármol, mientras otra voz hacía eco:

—Una campaña desastrosa, sí...

Pero León tosió para recordar a sus hombres prudencia y señaló a un hombre que bebía solo en un rincón.

Maigret fue a sentarse cerca del mostrador y pidió aguardiente con agua. Ya nadie hablaba. Cada cual intentaba disimular. Y León, hábil director de escena, propuso al grupo más numeroso:

—¿No quieren los dominós?

Era un medio de hacer ruido, de ocupar las manos. Los dominós de negras espaldas fueron mezclados sobre el mármol de la mesa. El patrón se

sentó cerca del comisario.

—Los he hecho callar —cuchicheó— porque el tipo que está en el rincón de la izquierda, junto a la ventana, es el padre del chico, ¿comprende?

—¿Qué chico?

—El grumete, Jean-Marie... El que cayó por la borda, el tercer día.

El hombre trataba de escuchar. Si no había entendido las palabras, había comprendido que hablaban de él. Le hizo una seña a la camarera para que volviera a llenarle el vaso y lo vació de un trago, con un respingo de disgusto.

Ya estaba borracho. Sus ojos saltones, de un azul pálido, eran glaucos. Una bolsa de tabaco de mascar le hinchaba el carrillo izquierdo.

—¿También hace el Terranova?

—Antes, sí. Ahora que tiene siete críos se dedica al arenque en invierno porque las campañas son más cortas: un mes la primera vez y luego campañas más cortas, a medida que los peces descienden hacia el sur.

—¿Y en verano?

—Pesca por su cuenta, coloca trasmallos, nasas para la langosta...

El hombre estaba sentado en el otro extremo de la misma banqueta donde se sentaba Maigret, que le observaba en el espejo.

Bajo, ancho de hombros. Era el arquetipo del marinero del Norte: rechoncho, grasiento, sin cuello, carne rosada, el pelo rubio. Como la mayor parte de los pescadores, tenía las manos cubiertas de cicatrices de forúnculos.

—¿Siempre bebe tanto?

—Beben todos. Pero él se emborracha, sobre todo, desde que el chico murió. Ha sido para él un golpe terrible el volver a ver el «Océan». Ahora el marinero miraba a Maigret con descaro.

—¿Qué quiere de mí? —balbuceó dirigiéndose a Maigret.

—Nada.

Todos los otros seguían la escena sin dejar la partida de dominó.

—¡Pues he de decírselo! ¿Es que no tengo derecho a beber?

—Claro que sí.

—Diga que no tengo derecho a beber, ande —repitió con obstinación de borracho.

La mirada del comisario cayó sobre el brazalete negro que llevaba sobre su blusa encarnada.

—Entonces, ¿por qué hablan de mí los dos?

León hizo un signo a Maigret de que no contestase y, dirigiéndose al cliente, le dijo:

—¡Vamos! No armes escándalo, Canut. No es de ti de quien habla el señor comisario, sino del muchacho que se ha disparado un tiro.

—Le está bien empleado. ¿Ha muerto?

—No. A lo mejor lo salvarán.

—¡Tanto peor! Todos debían reventar.

Estas palabras causaron una gran impresión. Todos los rostros se volvieron hacia Canut. Y éste siente la necesidad de chillar más aún.

—¡Sí! ¡Todos! ¡Ya que...!

León estaba inquieto. Miraba a todo el mundo con ojos suplicantes y esbozaba hacia Maigret un gesto de impotencia.

—Vamos, vete a acostar. Tu mujer te espera.

—¡Y a mí qué!

—Mañana no tendrás fuerzas para ir a levantar tus trasmallos.

El borracho rió con sorna. Ptit Louis aprovechó la ocasión para llamar a Julie.

—¿Cuánto es esto?

—¿Las dos rondas?

—Sí. Ponlas en mi cuenta. Mañana, antes de partir, cobro mi anticipo. Se levantó y fue imitado por el bretón, que no se despegaba de sus zapatos. Tocó su gorra y volvió a tocarla en dirección a Maigret.

—¡Cobardes! —escupió el borracho cuando los dos hombres pasaban junto a él—. ¡Todos son unos cobardes!

El bretón apretó los puños y estuvo a punto de contestar, pero Ptit Louis se lo llevó.

—Vete a acostar —repitió León—. Además, vamos a cerrar.

—Me iré cuando todos se vayan. Valgo tanto como cualquier otro, ¿no?

Buscaba a Maigret con la mirada. Se diría que quería provocar una bronca.

—Como ese gordo de ahí... ¿Qué es lo que busca?

Era del comisario de quien hablaba. León estaba sobre ascuas. Los últimos parroquianos esperaban convencidos de que algo iba a ocurrir.

—Bueno, prefiero irme... ¿Cuánto te debo?

Buscó debajo de su blusa, de donde sacó un monedero de cuero; tiró unos billetes grasientos sobre la mesa, se levantó vacilando y llegó hasta la puerta, que abrió no sin dificultad.

Refunfuñaba vagas palabras, injurias o amenazas. Una vez fuera, pegó su rostro al cristal para mirar a Maigret por última vez, aplastando su nariz contra el cristal empañado.

—¿Qué se cuenta por aquí? —preguntó Maigret.

—¿Del telegrafista? No saben nada. Todo son conjeturas. Historias que no se tienen de pie.

—¿Qué?

—Qué sé yo... Siempre el «mal de ojo».

Maigret sintió una viva mirada fija, en él. Era la del primer maquinista, sentado justamente frente a él.

—¿Y no está celosa su mujer? —le preguntó.

—Marchádonos mañana, ¡estaría bueno que me retuviera en Yport!

—¿El «Océan» apareja mañana?

—Sí, con la marea. Si cree usted que los armadores van a dejarlo oxidar en la dársena...

—¿Han encontrado capitán?

—Un retirado que no navega desde hace ocho años. Y encima mandaba una barca de tres palos. ¡Va a ser bueno!

—¿Y el telegrafista?

—Un crío que han ido a buscar a la escuela. De Arte y Oficios, llaman a eso.

—¿Ha vuelto el segundo oficial?

—Le han avisado por telégrafo. Llegará mañana por la mañana.

—¿Y los hombres?

—¡Siempre lo mismo! Se recluta lo que se encuentra en el puerto... Siempre es bueno, ¿no?

—¿Han encontrado grumete?

El otro le lanzó una mirada afilada.

—Sí —dejó caer con sequedad.

—¿Y está contento de partir?

No hubo respuesta. El jefe de máquinas pidió un nuevo grog. Y León dijo a media voz:

—Se acaban de recibir noticias del «Pacific», que debía regresar esta semana. Es un barco de la misma serie que el «Océan»... Se ha hundido en menos de tres minutos, después de despanzurrarse contra una roca. Todos los hombres se han perdido. Tengo arriba a la mujer del segundo oficial, que ha llegado de Rouen para esperar a su marido... Pasa los días en la escollera. Todavía no sabe nada. La compañía espera confirmación para anunciar la noticia...

—¡Lo que faltaba! —gruñó el jefe de máquinas.

El negro bostezaba, se frotaba los ojos, pero no pensaba en marcharse. Los dominós abandonados formaban un dibujo complicado sobre el rectángulo gris de la mesa.

—En resumen —dijo lentamente Maigret—, ¿nadie sabe por qué el telegrafista ha intentado suicidarse?

Estas palabras no encontraron más que un silencio obstinado. ¿Lo sabían todo aquellos hombres? ¿Es que llevaban hasta el límite esa especie de francmasonería de las gentes del mar, a los que no les gusta ver a los de tierra adentro ocuparse de sus asuntos?

—¿Qué le debo, Julie?

Se levantó, pagó y llegó pesadamente a la puerta. Diez miradas le siguieron. Se vuelve, pero no encuentra más que rostros herméticos o ariscos. El propio León, a pesar de toda su buena voluntad de tabernero, hacía causa común con su parroquia.

La marea estaba baja. Sólo se veía de la trainera la chimenea y las plumas de carga. Los vagones habían desaparecido. El muelle estaba desierto.

Una barca de pesca, su farol blanco balanceándose en la punta del mástil, se alejaba lentamente hacia el espigón mientras se oía hablar a sus dos tripulantes.

Maigret llenó una última pipa. Mira a la ciudad, las torres de los Benedictinos, a cuyos pies estaban los muros sombríos del hospital.

Las ventanas del «A la cita de los Terranova» agujereaban el muelle con dos rectángulos luminosos.

La mar estaba en calma. Sólo se oía el débil murmullo del agua lamiendo los guijarros y los puntales del espigón.

El comisario estaba en el mismo borde del muelle. Gruesas amarras, las mismas que retenían al «Océan», se encontraban arrolladas alrededor de las bitas de bronce.

Se inclinó. Unos hombres cerraban las escotillas de las calas donde, durante la jornada, se había estibado la sal. Entre ellos había uno muy joven, más joven que Le Clinche, con traje de civil, que miraba trabajar a los marineros, acodado en la cabina del telegrafista.

Debía ser el sucesor del que, hacía unas horas, se había disparado un tiro en el vientre. Fumaba un cigarrillo con pequeñas y nerviosas chupadas.

Llegaba de París, de la Escuela. Estaba emocionado. Quizás soñando aventuras.

Maigret no se decidía a marcharse. Le retenía allí el sentimiento de que el misterio, la clave, estaba muy cerca, a su alcance, que no había más que hacer un esfuerzo y...

De repente, se volvió al sentir una presencia extraña detrás de él. En la oscuridad, divisó una marinera roja, un brazaletes negro.

El hombre no le había visto o no le había prestado atención. Marchaba por el mismo borde del muelle y, en el estado en que estaba, era un milagro que no cayese al agua.

El comisario ya no le veía más que de espaldas. Tenía la impresión de que, presa del vértigo, el borracho iría a arrojarse sobre la cubierta de la trainera. ¡Qué va! Va hablando solo. Ríe con ironía. Agita los puños.

Después, escupía una, dos, tres veces sobre el navío. Escupía para exprimir todo su asco. Tras los salivazos, aliviado, se marchó no hacia su casa en el barrio de los pescadores, sino hacia la ciudad baja, donde se adivinaba aún una tasca abierta.

## CAPÍTULO NUEVE

### DOS HOMBRES SOBRE EL PUENTE

Hubo una nota delgada del lado del acantilado: el reloj de la Cartuja que daba la hora, la una.

Maigret marchaba hacia el Hotel de la Playa, las manos tras la espalda, pero, a medida que avanzaba, su paso devenía más lento, hasta que terminó por detenerse completamente en medio del muelle.

Ante él, tenía su habitación, su lecho, un conjunto apacible y tranquilizador.

Detrás... Se volvió. Ve de nuevo la chimenea de la trainera humeando suavemente, pues ya habían encendido las calderas. Fécamp dormía. Había una gran mancha de luna en mitad de la dársena. La brisa se viraba, viniendo del mar casi helada, como el aliento marino.

Entonces, Maigret dio media vuelta, cansadamente, a su pesar. Saltó de nuevo por encima de los cordajes amarrados a las bitas y se encontró en pie al borde del muelle, mirando hacia el «Océan».

Sus ojos eran muy pequeños, su boca tenía un gesto amenazador, sus puños se cerraban en el fondo de los bolsillos.

Era el Maigret solitario, descontento, replegado en sí mismo, que se obstina, sin temor al ridículo.

La marea estaba baja. El puente de la trainera se hallaba a cuatro o cinco metros por debajo del nivel del suelo. Una tabla había tendida desde el muelle al puente de mando, una tabla fina y estrecha.



El ruido de la resaca se hacía más claro. El flujo estaba por comenzar, mientras el agua blancuzca roía poco a poco los guijarros de la playa.

Maigret empezó a cruzar la tabla, que formó un arco alarmante al llegar a su centro. Sus suelas rechinaron sobre la pasarela de hierro. Pero no fue más lejos. Se dejó caer sobre el puente del gobierno, junto a la rueda del timón, junto al compás de donde colgaban aún los gruesos mitones del capitán Fallut.

También los perros debían actuar del mismo modo, tristes y obstinados, delante de la conejera donde han olfateado algo.

Ya no estaba en juego la carta de Jorissen, su amistad por Le Clinche, las gestiones de Marie Léonnec. Ahora era cuestión personal.

Maigret había vuelto a crear para él, al capitán Fallut. Había conocido al telegrafista, a Adela, al primer maquinista. Se las había ingeniado para reconstruir toda la vida de la trainera.

Y he aquí que esto no bastaba, que alguna cosa se le escapaba. Tenía la impresión de comprenderlo todo salvo, precisamente, la esencia del drama.

Fécamp dormía. A bordo, los marineros estaban acostados. El comisario dejaba pesar todo su cuerpo sobre el puente de mando, la espalda arqueada, las rodillas un poco separadas, los codos sobre las rodillas.

Y su mirada recogía, por aquí, por allá, un detalle. Los guantes, por ejemplo, enormes, deformados, que Fallut debía ponerse solamente sobre sus horas de cuarto y que dejaba allí...

Volviéndose a medias, se distinguía el castillo de popa. Delante, el puente entero, el castillo de proa y muy cerca, la cabina de T. S. H.

El agua chapoteaba. El vapor se animaba de un movimiento insensible. Y ahora que las calderas estaban encendidas, que el agua llenaba los tubos, el barco estaba más vivo que los días precedentes.

¿No era Ptit Louis el que dormía abajo, junto a un montón de carbón? A la derecha, el faro. En la punta de un espigón, el farol verde. Un farol rojo en la punta del otro. Y el mar: un gran agujero negro que exhalaba un fuerte olor.

Propiamente hablando, esto no era un esfuerzo de reflexión. Maigret miraba todo lentamente, pesadamente, tratando de hacer vivir el decorado, sentirlo. Y poco a poco, creaba en sí mismo como un estado febril.

—Era una noche parecida a ésta, más fría, porque la primavera empezaba apenas...

La trainera en el mismo sitio. Un hilillo de humo por encima de la chimenea. Algunos hombres dormidos.

Pierre Le Clinche que, en Quimper, había cenado con su novia. Atmósfera familiar, los suegros. Marie Léonnec le debería haber acompañado hasta la puerta, para besarle sin testigos.

Y el telegrafista había viajado toda la noche, en tercera clase... Volvería dentro de tres meses... La volvería a ver... Después, una nueva campaña y, en invierno, alrededor de Navidad, la boda...

No había dormido... Su maleta estaba en la redecilla. Contenía provisiones preparadas por la mamá...

A la misma hora, el capitán Fallut salía de la casita de la calle de Etretat, donde Madame Bernard dormía.

Un capitán Fallut muy nervioso, sin duda, muy inquieto, corroído por anticipado por los remordimientos. ¿No se había convenido tácitamente que un día se casaría con su patrona?

Pero todo el invierno había ido a El Havre, hasta varias veces por semana, para verse con una mujer. ¡Una mujer con la cual no se atrevía a presentarse en Fécamp! Una mujer a quien mantenía. Una mujer joven, bonita, deseable, pero a la que su vulgaridad le imprimía algo inquietante.

Un hombre juicioso, ordenado, meticulado. Un modelo de probidad, que los armadores citaban como ejemplo y cuyos papeles de a bordo constituían verdaderas obras maestras de minuciosidad.

Iba solo, por las calles dormidas, hasta la estación donde Adela llegaba. ¿Dudaba aún?

¡Pero tres meses! ¿La encontraría a su regreso? ¿No tenía demasiada vitalidad, demasiada avidez de vivir para no engañarle?

No era una mujer como Madame Bernard. No empleaba tiempo en arreglar la casa, limpiar los cobres y los suelos, en soñar proyectos para el porvenir...

¡No! Ésta era una mujer de la que guardaba en la retina imágenes que le hacían enrojecer, jadear.

¡Ella estaba allí! Reía con voz aguda, casi tan sensual como su carne. Le divertía navegar, estar escondida a bordo, vivir una aventura.

Pero ¿no debería advertirle que la aventura no sería divertida? ¿Qué, al contrario, ese viaje de tres meses en una cabina cerrada podía ser mortal?

Se prometía a sí mismo interrumpir la aventura, mandarla de vuelta a El Havre. ¡Pero no se atrevía! Cuando estuvo allí y reía hinchando su pecho, ya no podía decir nada sensato.

«¿Vas a embarcarme a escondidas esta noche?».

Caminaban. En los cafés y en «A la Cita de los Terranova», los pescadores estaban de juerga con el anticipo que aquella misma tarde habían cobrado.

Y el capitán Fallut, menudo, pulcro, palidecía a medida que se acercaba al puerto, a su barco. Ya distinguía la chimenea. Su garganta estaba seca. ¿No sería tiempo todavía?

Pero Adela estaba colgada de su brazo. La sentía cálida, estremecedora, contra su costado...

Y Maigret, vuelto hacia el muelle, completamente desierto, se imaginaba a los dos.

—¿Ése es tu barco? ¡Qué mal huele! ¿Y hay que pasar por esa tabla? La franquearon. El capitán Fallut, ansioso, recomendaba silencio.

—¿Es con esa rueda que se guía el barco?

—¡Chist!

Bajaron la escalera de hierro. Estaban sobre el puente. Entraron en la cabina del capitán. La puerta se cerró.

—¡Sí! Así es —gruñó Maigret—. Estaban allí los dos. Es la primera noche a bordo.

Hubiera querido arrancar el telón de la noche, descubrir el cielo pálido del amanecer, percibir las siluetas de los marineros titubeantes, pesados de alcohol, llegando a la trainera.

El primer maquinista llegó de Yport en el primer tren de la mañana. El segundo oficial venía de París. Le Clinche, de Quimper.

Los hombres se agitaban en el puente, se disputaban las literas en el sollado, riendo, cambiaban sus ropas y reaparecían tiesos en sus trajes de hule.

Había un crío, el grumete Jean-Marie, que su padre había llevado de la mano y al que los hombres le empujaban, burlándose de sus botas demasiado grandes, de sus ojos a punto de llenarse de lágrimas.

El capitán seguía en su camarote. Al final, abrió la puerta. La volvió a cerrar con cuidado. Estaba delgado, muy pálido, los rasgos demacrados.

—¿Es usted el telegrafista? ¡Bien! Ya le daré instrucciones más tarde. Mientras tanto, revise la estación de T. S. H.

Las horas pasaban. El armador estaba en el muelle. Esposas y madres traían todavía paquetes para los que partían.

Fallut temblaba a causa de aquel camarote, del cual no había que abrir la puerta a ningún precio, porque Adela, desaliñada, la boca entreabierta, dormía atravesada en la cama.

Cundía esa repugnancia característica del amanecer, no sólo en Fallut sino también en los que habían hecho la ronda a todas las tabernas de la ciudad y en los que habían viajado en tren.

Uno a uno, se llegaban hasta el «A la Cita de los Terranova» donde se tomaban un café con gotas.

—¡Hasta la vista..., si volvemos!

Un toque largo de sirena. Luego otros dos. Las mujeres y los críos, tras un último abrazo, se precipitan hacia la escollera. El armador estrechaba la mano de Fallut.

Las amarras fueron largadas. La trainera se deslizó, apartándose del muelle. Entonces, Jean-Marie, ahogado por el miedo, estalló en sollozos, queriendo quedarse en tierra.

Fallut estaba en el mismo lugar donde Maigret se encontraba ahora.

—¡Media! Ciento cincuenta vueltas... ¡Avante toda!

¿Seguía Adela durmiendo? ¿No se asustaría al notar el primer oleaje? Fallut no se movía del lugar que era suyo desde hacía tantos años. Ante él, el mar, el Atlántico.

Todos sus nervios estaban estirados, porque se daba cuenta de la tontería que había hecho. En tierra le había parecido menos grave.

—¡Dos cuartas a babor!

¡Y de pronto unos gritos estallaron! El grupo del espigón parecía precipitarse hacia delante. Un hombre, que se había subido a la pluma de

carga para decir adiós a los suyos, había caído sobre el puente.

—¡Stop! ¡Atrás! ¡Stop!

Nadie se movía del lado de la cabina. ¿No sería tiempo todavía de mandar a la mujer a tierra?

Unas canoas se acercaron. El barco se puso al paio entre los espigones. Una barca de pesca pedía paso.

Pero el hombre estaba herido. Había que dejarlo en tierra. Le bajaron a un bote.

Las mujeres, allá enfrente, estaban trastornadas por lo ocurrido, a causa de lo supersticiosas que eran. Y, por añadidura, el grumete quiso arrojarse al agua y hubo que sujetarlo, tanto era el miedo que tenía a partir.

—¡Avante! ¡A media máquina! ¡Toda!

Le Clinche tomaba posesión de sus dominios, probaba los aparatos, el casco en la cabeza. Y, con este atuendo, escribía:

Querida Marie:

¡Las ocho de la mañana! Partimos. Ya no se ve la ciudad y...

Maigret encendió otra pipa. Se levantó para ver mejor los alrededores.

Todos sus personajes, ya en su mano ahora, los hacía evolucionar de algún modo sobre ese barco que dominaba ahora con la mirada.

Primer desayuno en el estrecho comedor de oficiales. Fallut, el segundo, el primer maquinista y el telegrafista. El capitán anuncia que tomará todas sus comidas solo en su camarote.

¡Es algo nunca visto! Una idea rara. Todo el mundo busca en vano el motivo.

Y Maigret, con la frente en la mano, gruñe:

—Es el crío el encargado de llevarle la comida al capitán. Éste no hace más que entreabrir la puerta o esconde a Adela debajo de la cama que ha tenido la precaución de levantar.

Son dos a comer una sola ración. La primera vez, la mujer se echa a reír, y Fallut, sin duda, le deja casi toda su parte.

Está demasiado serio. Ella se burla de él. Ella le mima... Él cede... Sonríe. ¿No hablan ya en el sollado del mal de ojo? ¿No se comenta la decisión del capitán de comer solo?

¡Además, nunca se ha visto a un capitán pasearse con la llave de su camarote!

Las dos hélices giran. La trainera ha adquirido la trepidación que continuará animándola durante tres meses.

Abajo, los hombres como Ptit Louis meten carbón en las fauces de las calderas durante ocho o diez horas al día o vigilan, mientras dormitan, la presión del aceite.

Tres días... Ésa es la impresión general... Fueron precisos tres días, aproximadamente, para crear una atmósfera de inquietud. Y desde ese momento, la tripulación se preguntaba si Fallut no estaría loco.

¿Por qué? ¿Los celos? Pero Adela había declarado que no vio a Le Clinche hasta el cuarto día.

Hasta entonces está demasiado ocupado con sus nuevos aparatos. Capta mensajes para su satisfacción personal. Hace ensayos de transmisión. Y, con el casco en la cabeza, escribe páginas y páginas, como si el correo fuera a llevarlas en seguida a su novia.

Tres días... Apenas han tenido tiempo de hacer amistad. ¿Quizá el primer maquinista, pegando la cara a los ventanucos, ha percibido la presencia de la mujer? ¡Pero no ha dicho nada!

La atmósfera, a bordo, se va creando poco a poco, a medida que los hombres se acercan al vivir comunes aventuras. ¡Y no hay aventuras aún! Aún no se pesca. Hay que llegar a las pesquerías, allá en Terranova, al otro lado del Atlántico, donde no se llegará hasta dentro de diez días, lo más pronto.

Maigret estaba de pie sobre el puente de mando y, un hombre que despertase y lo viese, se hubiera preguntado qué hacía allí, enorme, solitario, mirando lentamente a su alrededor.

¿Qué hacía? Trataba de comprender. Todos los personajes estaban en su lugar, con su mentalidad particular, sin preocupaciones.

Pero, a partir de aquí, no había medio de adivinar. Había un gran agujero. El comisario no podía más que evocar las declaraciones.

—Es hacia la tercera noche que el capitán Fallut y el telegrafista se miraron como enemigos. Cada uno llevaba una pistola en el bolsillo. Parecían tener miedo el uno del otro.

Y, sin embargo, Le Clinche no es aún el amante de Adela.

—Desde entonces, el capitán ha estado como loco...

Se encontraban ya en pleno Atlántico. Ha sido abandonada la ruta de los paquebotes. Apenas se encuentran a otros bacaladeros, ingleses o alemanes, que se dirigen también hacia los bancos.

¿Es Adela la que se impacienta y se queja de su vida de reclusa? «Como un loco...».

Todo el mundo está de acuerdo sobre esto. Y parece que no es Adela motivo suficiente para provocarle un estado semejante a un hombre equilibrado que ha llevado toda su vida con orden casi religioso.

Ella no le ha engañado. Le ha permitido dos o tres paseos por el puente, por la noche, tomando múltiples precauciones.

Entonces, ¿por qué está «como un loco»?

Las declaraciones se suceden:

—Ha dado orden de echar la traína donde nunca memoria de un hombre había cogido un bacalao...

¡Y no es un hombre nervioso, arrebatado ni colérico! Es un burguesito meticoloso que soñó un instante en unir su vida con la de Madame Bernard y acabar sus días en la casa llena de bordados de la calle de Etretat.

—Los accidentes se sucedieron a los accidentes...

Cuando, finalmente, se da con un banco y se coge pescado, se le sala de tal manera que tiene que llegar fatalmente averiado.

¡Fallut no es un principiante! Va a pedir el retiro y nadie, hasta ahora, tuvo nada que reprocharle.

Como siempre en su camarote.

—Me pone mala cara —dirá Adela—. Está días, hasta semanas, sin dirigirme la palabra. Después, de repente le da la...

Una oleada de sensualidad. Ella está allí, en su cubil. ¡Comparte su lecho! ¡Y consigue, durante semanas, ser insensible, hasta que la tentación es demasiado poderosa!

¿Se comportaría del mismo modo si su único agravio procediese de los celos?

El jefe de máquinas da vueltas alrededor de la cabina, engolosinado. Pero no tiene la audacia de forzar la cerradura.

El epílogo final: el «Océan» vuelve a Francia con el bacalao mal salado.

¿No fue durante el regreso cuando el capitán redactó esa especie de testamento en el cual anuncia que no habrá que culpar a nadie de su muerte?

Luego, quiere morir. ¡Va a matarse! Nadie a bordo, aparte de él, es capaz de llevar la derrota, y está bastante impregnado del espíritu marino para conducir primero su barco a puerto.

¿Matarse porque ha transgredido los reglamentos al llevarse una mujer con él? ¿Matarse porque la pesca, demasiado salada, se venderá a algunos francos por debajo de la tasa?

¿Matarse porque la tripulación, sorprendida por sus maneras extrañas, le ha tomado por un loco?

¿El capitán más frío, el más meticoloso de Fécamp? ¿El que citan los cuadernos de bitácora como ejemplo?

¿El que desde hace tiempo vive en la apacible casita de Madame Bernard? El vapor atraca. Todos los hombres saltan a tierra y se precipitan al «A la Cita de los Terranova» donde, por fin, puede beberse alcohol.

¡Y todos están como marcados por el sello del misterio! ¡Todos se callan sobre ciertas cosas! ¡Todos están inquietos!

¿Por qué el capitán ha tenido unas actitudes inexplicables?

Fallut baja a tierra. Habrá que esperar a que los muelles estén desiertos para desembarcar a Adela.

Da algunos pasos. Dos hombres están escondidos: el telegrafista y Gastón Buzier, el amante de la mujer.

Y es un tercero el que salta sobre el capitán, lo estrangula y lo tira a la dársena.

Y eso ocurría en el mismo sitio en que ahora se balanceaba el «Océan» sobre el agua negra. El cuerpo fue a engancharse en la cadena del ancla. Maigret fumaba, la frente arrugada.



Desde el primer interrogatorio, Le Clinche miente al hablar de un hombre con zapatos amarillos como el asesino de Fallut. Luego resulta que el de los zapatos amarillos es Gastón Buzier. Careado con él, Le Clinche se retracta.

¿Por qué esa mentira sino para salvar al tercer personaje, es decir, el asesino? ¿Y por qué Le Clinche no revela su nombre?

¡Al contrario! Se deja encarcelar en su lugar. Apenas se defiende, cuando tiene todas las probabilidades de ser condenado.

Está sombrío, como un hombre acosado de remordimientos. No se atreve ni a mirar a su novia ni a Maigret a los ojos.

Un pequeño detalle: antes de volver hacia la trainera, fue a «A la Cita de los Terranova», subió a su cuarto y quemó unos papeles.

Al salir de la cárcel no está contento, a pesar de que Marie Léonnec está allí y le invita al optimismo. Encuentra el medio de hacerse con un revólver.

Tiene miedo. Vacila. Durante largo tiempo permanece con los ojos cerrados, el dedo en el gatillo.

Y dispara.

A medida que la noche avanzaba, el aire se hacía más fresco, la brisa más cargada de fuco y de yodo.

La trainera se había elevado varios metros. El puente se encontraba ahora al nivel del muelle y las aspiraciones de la marea le obligaban a dar guiñadas laterales que provocaban gruñidos en la pasarela.

Maigret había olvidado su fatiga. La hora penosa había pasado. El día estaba próximo.

Establecía un balance:

El capitán Fallut, al que habían descolgado muerto de la cadena del ancla. Adela y Gastón Buzier que se peleaban, incapaces de soportarse mutuamente y que, sin embargo, permanecían juntos porque no tenían donde ir. Le Clinche, al que habían sacado, completamente blanco, sobre una camilla de ruedas de la sala de operaciones.

Y Marie Léonnec.

Y esos hombres que, aunque borrachos en «A la Cita de los Terranova», guardaban como un recuerdo de angustia.

—El tercer día —articuló Maigret en voz alta—. ¡Ahí es donde hay que buscar! ¡Algo más terrible que los celos! «Y, sin embargo, algo que se relacionaba directamente con la presencia de Adela a bordo...».

El esfuerzo había sido doloroso. Una tensión al límite de todos los sentidos. El barco oscilaba insensiblemente. Se encendió una luz en el castillo de proa, donde los marineros empezarían a levantarse de un momento a otro.

—El tercer día...

Entonces se le oprimió la garganta. Miró a la popa y luego al muelle, donde unas horas antes un hombre se agitaba mostrando el puño.

¿Era tal vez por efecto del frío? El caso es que le sacudió un estremecimiento.

—El tercer día... El grumete... Jean-Marie... El que pataleaba y no quería partir... Tragado por una ola... de noche.

Maigret miraba fijo a todo lo largo del puente, pareciendo buscar el lugar exacto donde la catástrofe se había producido.

—No había más que dos testigos. El capitán Fallut y el telegrafista, Pierre Le Clinche. Al día siguiente o al otro, Le Clinche era el amante de Adela.

Fue una quebradura seca. Maigret no se entretuvo ni un segundo más. Alguien se movía en el castillo de proa. Sin ser visto, franqueó la tabla que unía el barco a tierra. Y, con las manos en los bolsillos y la nariz amoratada por el frío, llegó al Hotel de la Playa.

No era aún de día. Pero ya tampoco era de noche, porque sobre el mar, las crestas de las olas se dibujaban con un blanco crudo y las gaviotas ponían manchas claras en el cielo.

Un tren silbaba en la estación. Una vieja marchaba hacia las rocas, con un cesto en la espalda y un gancho en la mano, para coger cangrejos.

## CAPÍTULO DIEZ

### LOS ACONTECIMIENTOS DEL TERCER DÍA

Cuando Maigret salió de su habitación, hacia las ocho de la mañana, tenía la cabeza vacía, y en el pecho la sensación que se experimenta cuando se ha bebido demasiado.

—¿No marchan las cosas como tú quisieras? —le preguntó su mujer. Se encogió de hombros y ella no insistió. En la terraza del hotel, frente al mar, de un verde pérfido, tropezó con Marie Léonnec. Y la chica no estaba sola. Un hombre se sentaba en su mesa. Ella se levantó precipitadamente y balbució al comisario:

—Permítame que le presente a mi padre, que acaba de llegar.

El viento era fresco y el cielo estaba cubierto. Las gaviotas volaban a ras de agua.

—Crea que me siento muy honrado, señor comisario. Muy honrado y muy feliz...

Maigret le miró con aire mustio. Era un hombre corto de piernas, que no habría sido más ridículo que cualquier otro si no poseyese aquella nariz desproporcionada, del grueso de dos o tres narices medianas, y encima, picoteada como una fresa.

Pero la culpa no era suya. Aquello era una verdadera enfermedad, lo que no impedía que no se viese más que aquella nariz y que, cuando hablase, no se mirase más que a ella y, por tanto, no se pudiese tomar en serio nada de lo que dijese.

—¿Tomará usted algo con nosotros...?

—¡Gracias! Acabo de desayunar.

—Entonces, una copita para entrar en calor.

Insistió. ¿No es cortesía el hacer beber a la gente a su pesar?

Maigret le observaba, lo mismo que a su hija que, aparte de la nariz, se le parecía. Mirándola, se podía muy bien prever lo que sería ella dentro de diez años cuando el encanto de la juventud hubiera desaparecido.

—Quiero ir derecho al asunto, señor comisario. Es mi lema. He viajado toda la noche para esto. Cuando Jorissen vino a verme y decirme que acompañaría a mi hija, le di mi consentimiento. Por tanto, no pueden decir que no soy ancho de ideas.

Maigret tenía prisa por encontrarse lejos de allí. Lejos de allí y de aquella nariz. Lejos de aquel énfasis de pequeño burgués que se escuchaba al hablar.

—Lo que no impide que mi deber de padre sea informarme, ¿verdad? Por eso, le ruego me diga sinceramente si ese joven es inocente.

Marie Léonnec miraba a otra parte. Debía de sentir confusamente que esta intervención de su padre no tenía muchas posibilidades de arreglar las cosas.

Sola, corriendo en auxilio de su novio, tenía un cierto prestigio. Por lo menos, resultaba conmovedora.

En familia, era diferente. Olía demasiado a botica de Quimper, a discusiones antes de la partida y a chismorreos de vecinos.

—¿Me pregunta usted si ha matado al capitán Fallut?

—Sí. Tiene usted que comprender que es esencial que...

Maigret miraba ante él, con aire ausente.

—Bueno...

Vio las manos de la chica, que se estremecían.

—No lo ha matado... ¿Me permite? Tengo una gestión urgente que hacer. Tendré, sin duda, el placer de verle más tarde.

Era una fuga. Hasta el punto de derribar una silla de la terraza. Adivina que sus interlocutores están perplejos, pero no se vuelve para comprobarlo.

Ya en el muelle, siguió la acera, lejos del «Océan». Pero observó cómo unos hombres con traje de marino y saco a la espalda miraban el barco. Una carreta descargaba sacos de patatas. El armador estaba allí, con sus botas de charol y el lápiz en la oreja.

Mucho ruido en «A la Cita de los Terranova», cuya puerta estaba abierta. Maigret distinguió vagamente a Ptit Louis que peroraba en medio de un círculo de novatos.

No se detuvo. Apretó el paso al ver al patrón hacerle una seña. Cinco minutos después llamaba a la puerta del hospital.

El ayudante era muy joven. Bajo su bata se veía un traje de última moda y una corbata rebuscada.

—¿El telegrafista? Yo mismo le he tomado la temperatura y el pulso hace un rato... Se encuentra todo lo bien que es posible.

—¿Tiene lucidez?

—Creo que sí. No me ha dicho nada, pero me ha seguido todo el rato con la mirada.

—¿Se le puede hablar de cosas serias?

El ayudante tuvo un gesto vago, indiferente.

—¿Por qué no? De momento que la operación ha salido bien y no tiene fiebre... ¿Quiere usted verle?

Pierre Le Clinche estaba solo en una habitación pequeña esmaltada de blanco en la que reinaba un calor húmedo. Miró acercarse a Maigret; sus ojos estaban claros, exentos de turbación.

—Ya ve usted que no lo han podido hacer mejor. Dentro de ocho días, estará de pie. Pero tiene muchas posibilidades de cojear, pues un tendón de la cadera le ha sido seccionado. Tendrá que tomar algunas precauciones. ¿Prefiere que le deje solo con él?

Resultaba conmovedor. La víspera, habían traído una verdadera piltrafa humana, de la que se hubiera jurado no quedaba un soplo de vida.

Y Maigret encontraba ahora una cama blanca, un rostro algo demacrado, aunque más calmado de como lo había visto anteriormente. Era casi serenidad lo que se leía en sus pupilas. Quizás por ello dudó. Dio algunos pasos alrededor de la habitación. Pegó un instante la frente a la doble ventana, desde la cual vio el puerto y la trainera, en la que se afanan los hombres de las blusas rojas.

—¿Se siente usted con fuerzas para soportar una conversación? —gruñó de repente, volviéndose hacia la cama.

Le Clinche hizo un ligero gesto de asentimiento.

—¿Sabe usted que no me ocupo oficialmente de este asunto? Mi amigo Jorissen me ha pedido que pruebe su inocencia. Pues eso está hecho. Usted no mató al capitán Fallut.

Maigret lanzó un gran suspiro. Y para terminar, se lanzó con la cabeza baja sobre la cuestión.

—Dígame la verdad sobre los acontecimientos de la tercera singladura, es decir, sobre la muerte de Jean-Marie.

Evitaba mirar al herido a los ojos. Llenaba la pipa para disimular y, como el silencio se eternizaba, murmuró:

—Era de noche. En el puente solamente se hallaban el capitán Fallut y usted... ¿Estaban juntos?

—No.

—¿El capitán se paseaba cerca del castillo de popa?

—Sí. Yo acababa de salir de mi cabina. Él no me veía. Le observaba porque sentía algo anormal en su actitud.

—¿No sabía usted que había una mujer a bordo?

—No. Creía más bien que, si cerraba la puerta de su camarote, era porque tendría artículos de contrabando.

La voz era lasa. Sin embargo, se elevó de tono para articular:

—Es la cosa más horrorosa que conozco, señor comisario. ¿Quién ha hablado? ¡Dígame!

Y cerraba los ojos, como los había cerrado antes de dispararse un tiro en el vientre a través del bolsillo.

—Nadie. El capitán se paseaba nervioso, como sin duda estaba desde que zarparon... ¿Había alguien en la barra?

—Un timonel. Pero no podía vernos debido a la oscuridad.

—El grumete llegó...

Le Clinche le interrumpió incorporándose a medias, con las manos crispadas en el cordel que colgaba del techo para ayudarle en sus movimientos.

—¿Dónde está Marie?

—En el hotel. Su padre acaba de llegar.

—¡Para llevársela! ¡Sí! Está bien. Que se la lleve. Sobre todo, que no venga aquí.

Se volvía febril. Su voz era más mate, el aliento entrecortado. Se notaba subir la temperatura. Los ojos se le ponían brillantes.

—No sé quién le ha hablado a usted. Pero, ahora, tengo que decirlo todo. Su animación era tal y tan intensa, que podía creerse que deliraba.

—Una cosa inaudita. Usted no conocía al chico. Muy delgado. Vestido con un traje cortado de uno viejo de su padre. El primer día, tuvo miedo y lloró. ¿Cómo explicarle? Después, se vengaba con pequeñas bribonadas. ¿No es eso propio de su edad? ¿Usted sabe qué quiere decir un perro crío? Eso es lo que era, un impertinente... Le sorprendí dos veces con las cartas que yo escribía a mi novia... Y me decía con descaro:

»¿Son para tu fulana?

»Aquella noche... Creo que el capitán se paseaba porque estaba demasiado enfermo para dormir. Había un oleaje bastante fuerte. De vez en cuando un golpe de mar pasaba por encima de la batayola y mojaba las chapas del puente. Pero no era una tempestad...

»Estaba a unos diez metros. Sólo distinguí algunas palabras, pero veía sus siluetas. El crío, erguido como un gallo, se reía. El capitán con el cuello hundido sobre el chaquetón, las manos en los bolsillos...

»Jean-Marie me había hablado de mi “fulana”. Debería gastarle las mismas bromas a Fallut. Su voz era aguda. Me acuerdo de haber oído:

»—¿Y si dijera a todo el mundo que...?

»Lo comprendí después. Había descubierto que el capitán escondía una mujer en el camarote. Estaba muy orgulloso de ello. Fanfarroneaba. Era un malvado sin darse cuenta.

»Entonces, los hechos se sucedieron así: el capitán hizo un gesto para abofetearle. El chico, muy ágil, evitó el golpe y gritó algo que debería ser una nueva amenaza respecto a si hablaba o no. La mano de Fallut tropezó con un obenque. Debió de lastimarse. La rabia le ahogaba.

»La fábula del león y del mosquito. Olvidando toda la dignidad, el capitán empezó a perseguir al chico. Al principio, éste escapaba riendo, pero poco a poco el pánico fue apoderándose de él...

»Una casualidad y cualquiera podía oír y verlo todo a la vez. Fallut estaba loco de angustia.

»Vi su gesto para agarrar a Jean-Marie por los hombros, pero, en vez de cogerlo, le hizo caer hacia delante...

»Eso fue todo... Hay fatalidades... La cabeza del chico se golpeó contra un cabestrante. Oí un ruido horrible, un sonido opaco... *El cráneo...*

Se pasó las dos manos por el rostro. Estaba lívido. El sudor corría por su frente.

—Un golpe de mar barrió el puente en aquel momento —continuó Le Clinche—. El capitán se inclinó sobre un cuerpo completamente mojado. Al mismo tiempo, me vio. Sin duda, olvidé esconderme... Di algunos pasos adelante. Llegué a tiempo de ver el cuerpo del chico encogerse y ponerse rígido en un movimiento que jamás olvidaré.

»Muerto... ¡Idiotamente! Nosotros mirábamos sin comprender, sin atrevemos a tocar al chico.

»Yo le palpé el pecho. Nadie había visto nada. Fallut no se atrevía a tocarle. Le toqué el pecho, las manos, la cabeza hendida. No había sangre. Ninguna herida. El cráneo se había hendido.

»Quizá permanecimos allí un cuarto de hora, sin saber qué hacer, lúgubres, los hombros helados, mientras que los salpicones de las olas nos mojaban a veces el rostro.

»El capitán ya no era el mismo hombre. Se diría que en él también se había roto algo.

»Cuando él habló, lo hizo con voz cortante, sin calor:

»—Es necesario que la tripulación no sepa la verdad... ¡Por la disciplina!

»Fue él quien, delante de mí, levantó al chico... No faltaba más que un gesto. ¡Mire! Recuerdo que le trazó con el pulgar una cruz sobre la frente.

»El cuerpo, arrebatado por el mar, golpeó un par de veces contra el casco. Seguíamos los dos de pie, en la oscuridad. No nos atrevíamos a mirarnos. No nos atrevíamos a hablar.

Maigret acababa de encender la pipa, cuya boquilla apretaba firmemente entre los dientes.



Entró una enfermera. Los dos hombres la contemplaron con ojos tan ausentes, que la muchacha balbuceó turbada:

—Venía a tomarle la temperatura...

—Luego.

Y, la puerta cerrada de nuevo, el comisario murmuró:

—¿Fue entonces cuando le habló de su amante?

—A partir de ese momento ya no fue el mismo. No debía estar loco, propiamente dicho. Pero había algo que no marchaba. Comenzó por tocarme en el hombro... Murmuró:

»—A causa de una mujer, jovencito...

»Yo tenía frío. Estaba febril. No podía dejar de mirar el mar, del lado donde el cuerpo había sido tragado por las olas... ¿Le han hablado del capitán? Era pequeño y delgado, pero con un rostro franco y enérgico. Hablaba con cortas frases que nunca terminaba...

»—Ya ve... Cincuenta y cinco años. El retiro próximo. Una sólida reputación. Algunos ahorros. ¡Terminado! ¡Socavado! ¡En un minuto! ¡En menos de un minuto! Por culpa de un crío que... O mejor dicho, a causa de una mujerzuela que...

»Y con voz sorda, rabiosa, en mitad de la noche, me lo contó todo, migaja a migaja. Una mujer de El Havre. Una mujer que no debía valer gran cosa, se daba cuenta de ello. Pero no podía pasarse sin ella... La había traído con él. Y, desde el mismo momento que la tuvo a bordo, sabía que su presencia provocaría una tragedia... Y ella estaba allí, dormida...

El telegrafista se agitaba.

—Ya no recuerdo todo lo que me contó, pero sentía necesidad de hablar de ella. Con odio y pasión a la vez:

»—Un capitán no tiene el derecho de provocar un escándalo que pueda arruinar su autoridad...

»Aún oigo aquellas palabras. Yo era la primera vez que navegaba. Y consideraba a la mar como un monstruo que iba a tragarnos a todos... Fallut me citaba ejemplos. Tal año, un capitán que se había llevado a su querida... Hubo tales riñas a bordo que tres hombres no regresaron... Hacía viento. El agua nos salpicaba continuamente. A veces, una ola venía a lamer nuestros

pies, que resbalaban sobre el enjaretado grasiento del puente. ¡No estaba loco, no! Pero, de todos modos, ya no era el mismo Fallut...

»—Terminar la campaña. Después, ya veremos.

—Yo no comprendía lo que quería decir. Me parecía a la vez respetable y fantasmón, atado a un bizarro sentimiento del deber...

»—No deben saber nada de esto. Un capitán no puede equivocarse...

—Yo me sentía enfermo, los nervios deshechos. No podía pensar. Las ideas se me embrollaban en la cabeza y al final era una pesadilla lo que estaba viviendo de pie... Aquella mujer, en el camarote, aquella mujer sin la cual el capitán era incapaz de pasarse. Aquella mujer cuyo solo nombre le hacía jadear... Yo escribía cartas y más cartas a mi novia, pero me había separado de ella por tres meses. Yo no conocía esos trances, esa angustia... Y cuando él me decía *su carne o su cuerpo*, yo enrojecía sin saber por qué.

Maigret preguntó lentamente:

—¿Nadie a bordo, aparte de ustedes dos, supo la verdad sobre la muerte de Jean-Marie?

—¡Nadie!

—¿Y fue el capitán quien, según la tradición, rezó la oración de difuntos?

—Al amanecer. El tiempo estaba nublado. Nos deslizábamos entre una niebla glacial.

—¿No comentó nada la tripulación?

—Hubo miradas de asombro, cuchicheos. Pero Fallut se mostraba más testarudo que nunca y su voz se había vuelto tajante. No admitía la menor réplica. Se enfadaba si una mirada no le agradaba. Espiaba a los hombres, como para adivinar la sospecha que pudiera nacer en ellos.

—¿Y usted?

Le Clinche no contestó. Tendió el brazo para alcanzar un vaso de agua que había en la mesilla y bebió con avidez.

—Se puso a rondar con más insistencia el camarote, ¿verdad? Quería ver a esa mujer que había trastornado al capitán hasta ese punto, ¿no? ¿Fue a la noche siguiente?

—Sí. Pude hablarle un momento. Después, a la otra noche. Me había fijado en que la llave de la cabina de T. S. H. era la misma que la del camarote del capitán... Fallut estaba de guardia. Entré como un ladrón.

—¿Se acostó con ella?

El rostro del telegrafista se endureció.

—No puede usted comprenderlo. Era una atmósfera que no tenía ninguna realidad con la de todos los días. Aquel chico, la oración de la víspera... Pero no podía evitar que cuando pensaba en ello, me viniese a la mente la misma imagen: la de una mujer distinta a las otras, una mujer cuyo cuerpo, cuya carne, era capaz de cambiar tan radicalmente a un hombre.

—¿Le provocó ella?

—Estaba acostada, medio desnuda.

Le Clinche se ruborizó violentamente. Volvió la cabeza.

—¿Cuánto tiempo permaneció en la cabina?

—Unas dos horas. No lo sé. Cuando salí, los oídos zumbando, el capitán estaba delante de la puerta... No me dijo nada. Me miró al pasar. Estuve tentado de echarme a sus pies, gritarle que no era culpa mía, pedirle perdón, pero su glacial expresión me desanimó. Me fui... Volví a mi puesto. Tenía miedo. A partir de ese momento, llevaba siempre el revólver cargado en el bolsillo porque estaba persuadido que iba a disparar contra mí...

»No me volvió a dirigir la palabra, salvo para el servicio. ¡Y aún! La mayoría de las veces me hacía llegar órdenes escritas...

»Quisiera explicárselo mejor, pero soy incapaz. Cada día estaba peor. Tenía la impresión de que todo el mundo estaba al corriente del drama... El jefe de máquinas rondaba, él también, alrededor de la cabina. Y el capitán permanecía encerrado durante horas...

»Los hombres nos miraban con ojos interrogativos, inquietos. Adivinaban que ocurría algo. Cien veces oía hablar de mal de ojo...

»Y yo sólo tenía un deseo...».

—¡Naturalmente! —explicó Maigret.

Hubo un silencio. Le Clinche miraba al comisario con ojos cargados de reproches.

—Hizo mal tiempo durante diez días seguidos. Yo estaba enfermo, pero era en ella en quien pensaba. Ella estaba perfumada... Ella... No se lo puedo decir. ¡Aquello me hacía daño! ¡Sí! Un deseo capaz de hacer daño, capaz de hacerme llorar de rabia. Sobre todo, cuando veía al capitán entrar en su cabina. Porque ahora, imaginaba cosas... ¡Mire! Me había llamado su *niño*

*grande*, con una voz especial, un poco ronca... Y me repetía a mí mismo estas palabras para torturarme, Ya no escribía a Marie. Construía sueños imposibles: huir con ella en cuanto llegásemos a Fécamp...

—¿Y el capitán?

—Estaba cada día más frío, más tajante. Quizás, a pesar de todo, hubiese locura en su caso. No sé. Ordenó que se pescara en una zona donde los viejos marinos pretenden que jamás se ha pescado un pez. ¡No admitía que se le replicase! Tenía miedo de mí... ¿Es que sabía que yo también estaba armado? Él también lo estaba y cuando nos cruzábamos, echaba mano al bolsillo. Intenté cien veces volver a ver a Adela, pero él estaba siempre allí. Ojeroso, con los labios tirantes... El olor del bacalao. Los hombres que salaban el pescado en la cala. Los accidentes; uno tras otro...

»El jefe de máquinas rondaba también. Ya nadie hablaba francamente. Éramos como tres locos. Hubo noches en las que creo que hubiera matado a alguien para volverla a ver. ¿Comprende usted eso? Noches en que destrozaba mis pañuelos con los dientes, repitiéndome con su voz:

»—Mi niño grande... Grandísimo tonto».

—El tiempo era un abismo. Los días se sucedían a las noches. Y después, los días. Con sólo el agua gris envolviéndonos, las frías nieblas, escamas y tripas de bacalao por todas partes...

»Un gusto asqueante de salmuera en la garganta...

»¡Nada más que una vez! ¡Yo creo que si hubiera podido estar con ella sólo otra vez, me habría curado! Pero era imposible. Él estaba allí. Estaba siempre allí, con sus ojos cada vez más hundidos.

»Y siempre ese balanceo, durante todo el tiempo, esa vida sin horizontes... Hasta que avistamos los acantilados.

»¿Puede usted imaginar que eso ha durado meses? Pues bien: en lugar de estar curado, estaba más enfermo. Es ahora cuando me doy cuenta que era una enfermedad...

»Detestaba al capitán que se interponía siempre en mi camino. Tenía miedo de ese hombre, ya viejo, que tenía encerrada a una mujer como Adela...

»Tenía miedo de volver a puerto... Tenía miedo de perderla para siempre...

»Al final, me hacía el efecto de que era un demonio encarnado en él. Sí. Una suerte de genio maligno que guardaba a la mujer para él solo...

»Hubo falsas maniobras en el atranque. Los hombres saltaron a tierra, aliviados, y se precipitaron en las tabernas. Yo sabía de sobras que el capitán sólo esperaba la soledad de la noche para hacer salir a Adela...

»Volví a mi habitación, en casa de León. Tenía viejas cartas, retratos de mi novia y, no sé por qué, lleno de furor, lo quemé todo...

»Salí otra vez. ¡La deseaba! ¡Le digo que la deseaba! ¿No me había dicho que al regreso Fallut se casaría con ella?

Se dejó caer sobre la almohada. Todo su rostro expresaba un dolor atroz.

—Puesto que usted lo sabe... —hipó.

—Sí. El padre de Jean-Marie. La trainera estaba delante. No habían más que el capitán y Adela a bordo. Iba a hacerla salir. Entonces...

—¡Cállese!

—Entonces, usted habló al hombre que miraba el barco donde había muerto su hijo, donde el chico había sido asesinado... ¿No es cierto? Y usted le siguió. Se hallaba escondido tras un vagón cuando se aproximó al capitán...

—¡Cállese!

—El crimen tuvo lugar delante de usted...

—¡Se lo suplico!

—¡No! ¡Usted lo presencié! ¡Subió a bordo! Hizo salir a la mujer...

—¡Ya no la deseaba!

Se oyó una atronadora sirena. Los labios de Le Clinche temblaban tanto que tartamudeaba:

—El «Océan»...

—Sí. Zarpa con la marea alta. Ambos se callaron. Se oían los ruidos del hospital, hasta el rodar suave de una camilla camino del quirófano.

—¡Ya no la deseaba! —repitió el telegrafista.

—Pero era demasiado tarde.

De nuevo el silencio. Y otra vez la voz de Le Clinche:

—Y sin embargo... Ahora, yo desearía tanto...

No se atrevió a pronunciar la palabra que tenía en la punta de la lengua.

—¿Vivir?

Y entonces, como un chorro:

—¿No lo comprende usted? He estado loco. Yo mismo no lo comprendo. Fue en otra parte, en otro mundo. Volvimos aquí y me di cuenta. ¡Aquel camarote negro! Dábamos vueltas a su alrededor. Y no existía nada más. Me parecía que aquello era toda mi vida. Quería oír la repetir otra vez *mi niño grande...* No podría decir siquiera cómo ocurrió. Abrí la puerta. Ella se marchó. Había un hombre con zapatos amarillos que le esperaba y se echaron los brazos al cuello, en mitad del muelle...

»Desperté, sí. Es la palabra más justa. Y desde entonces, no quisiera morir... Marie Léonnec vino con usted. Adela vino también, en compañía de aquel hombre... ¿Qué quería usted que le dijese? Era demasiado tarde ¿no? Me soltaron. Fui a buscar un revólver a bordo. Marie me esperaba en el muelle. Ella no sabía nada...

»Y después aquella mujer hablando. Y el hombre de los zapatos amarillos...

»¿Quién es capaz de comprender todo esto? Disparé. Me hicieron falta minutos para decidirme... A causa de Marie Léonnec, que estaba allí.

»Ahora...».

—¡Y tendré que morir a pesar de todo! ¡Y no quiero morir! ¡Tengo miedo a morir! ¡Yo... Yo!

Su cuerpo tenía tales sobresaltos que Maigret tuvo que llamar a una enfermera y ésta pudo dominarle, sin apasionamiento, con gestos que una larga práctica profesional hacía precisos.

Por segunda vez, la trainera lanzaba su llamada desgarradora y las mujeres corrían a agruparse en el espigón.

## CAPÍTULO ONCE

### LA PARTIDA DEL «OCÉAN»

Maigret llegó al muelle justo en el momento en que el nuevo capitán daba la orden de largar las coderas. Vio al primer maquinista que se despedía de su esposa y le llamó aparte.

—Una pregunta. ¿Fue usted quien encontró el testamento del capitán y lo echó en el buzón de la comisaría?

El otro se turbó, vaciló.

—No tema nada. Usted sospechó de Le Clinche y pensó que ése era el mejor medio de salvarle... A pesar de que usted también había dado vueltas alrededor de la misma mujer.

La sirena, rabiosa, llamaba a los rezagados y las despedidas en el muelle acababan.

—No me hable más de eso, por favor. ¿Es verdad que va a morir?

—A menos que le salven. ¿Dónde estaba el testamento?

—Entre los papeles del capitán.

—¿Qué es lo que buscaba?

—Esperaba encontrar una foto —confesó bajando la cabeza—. ¿Me permite? Tengo que...

La codera cayó al agua. Iba a izar la pasarela. El primer maquinista saltó al bordo, dirigiendo un último saludo a su mujer, una mirada a Maigret.

La trainera se dirigió lentamente hacia la bocana. Un hombre llevaba al grumete, de apenas quince años, montado en los hombros. El crío, que le había quitado su pipa, la apretaba orgulloso entre sus dientes.

En tierra, las mujeres lloraban.

Andando de prisa, se podía seguir al barco que sólo tomaría velocidad una vez pasado el espigón. Algunos gritaban recomendaciones.

—Si encuentras al «Atlantique» no olvides decir a Dugodet que su mujer...

El cielo estaba cubierto. El viento cogía las olas a contrapelo y levantaba pequeñas crestas blancas que restallaban con un ruido rabioso.

Un parisiense, con pantalón de franela, fotografiaba la partida, seguido por dos muchachas de blanco que reían alegremente.

Maigret estuvo a punto de hacer caer a una mujer, que se cogió de su brazo preguntando:

—¿Está mejor el telegrafista?

Era Adela, que no se había empolvado desde la mañana y tenía la piel reluciente.

—¿Buzier? —preguntó el comisario.

—Se ha largado a El Havre. Tiene miedo de las historias. Y como le he dicho que se fuera al cuerno... Pero ¿el chico, Pierre Le Clinche?

—¡Dígame!

Pero no le dijo nada. La abandonó a su suerte. Maigret había visto un grupo en el espigón: Marie Léonnec, su padre y Madame Maigret. Los tres estaban vueltos hacia la trainera que pasaba en aquel momento a su altura y Marie Léonnec decía con fervor:

—Es «su» barco.

Maigret avanzó lentamente, gruñón. Su mujer fue la primera que le vio entre el grupo de gente que acababa de asistir a la partida de los terranova.

—¿Está fuera de peligro?

El señor Léonnec, ansioso, volvió hacia él su nariz disforme.

—¡Ah! Me alegro mucho de verle. ¿En qué punto está ahora la investigación, señor comisario?

—En ninguno.

—O sea...

—Nada. No sé.

Marie desorbitaba los ojos.

—Pero ¿Pierre...?



—La operación ha salido bien. Parece fuera de peligro.

—Es inocente, ¿verdad? ¡Se lo suplico! ¡Diga usted a mi padre que es inocente!

Puso toda su alma en estas palabras. Y Maigret mirándola, la imaginaba tal como sería diez años más tarde, con los mismos rasgos de su padre, un poco severo, adecuado para imponerse a los clientes del almacén.

—No ha matado al capitán —dijo Maigret.

Y a su mujer:

—Acabo de recibir un telegrama para que vuelva a París.

—¿Ya? Había prometido tomar un baño mañana con...

Ella comprendió su mirada.

—Si nos disculpan...

—Le acompañaremos hasta el hotel.

Maigret vio al padre de Jean-Marie, borracho como un odre, levantando el puño en dirección al bacaladero. Volvió la cabeza.

—No se molesten, por favor.

—¡Dígame! —dijo el señor Léonnec—. ¿Cree usted que puedo trasladarlo a Quimper? Seguramente la gente comentará...

Marie le miraba con un aire de súplica. Estaba muy pálida.

Balbució:

—Puesto que es inocente...

—Yo no sé. Ustedes mejor que nadie...

—¿Me permitirá que les pueda ofrecer algo? ¿Una botella de champaña?

—Gracias, pero...

—Una copita. Un benedictino, por ejemplo, puesto que es lo típico de aquí.

—Una cerveza.

Madame Maigret llenaba las maletas, arriba.

—Entonces, ¿está usted seguro de él, no? Es un buen muchacho y... Siempre aquella mirada de la chica. ¡Aquella mirada que le suplicaba dijera que sí!

—Creo que hará un buen marido.

—Y un buen comerciante —encareció el padre—. Porque no pienso dejarle navegar meses y meses. Cuando se está casado, se debe uno al...

—¡Evidentemente!

—Sobre todo, porque no tengo un hijo. Usted me comprende, ¿verdad?

—Sí.

Maigret miraba a la escalera. Por fin apareció su mujer.

—El equipaje está listo. Parece que no hay tren hasta...

—¡No importa! Alquilaremos un coche.

¡Era una fuga!

—Si alguna vez tienen ocasión de pasar por Quimper...

—Sí, sí.

¡Y la mirada de la muchacha! Parecía haber comprendido que no estaba todo tan claro como parecía, pero conjuraba a Maigret para que se callase. Quería a su novio.

El comisario les estrechó las manos, pagó su cuenta y vació su vaso.

—Mil gracias, señor Maigret.

—En realidad, no hay de qué.

El coche pedido por teléfono acababa de llegar.

«Y, a menos que haya descubierto nuevos elementos escapados a mi juicio, concluyo aconsejando que el asunto sea archivado...».

Era un párrafo de una carta del comisario Grenier; de la Brigada Móvil de El Havre, a Maigret que respondió telegráficamente:

«De acuerdo».

A los seis meses, recibió una invitación que decía:

«La señora viuda de Le Clinche tiene el honor de anunciar a usted el matrimonio de su hijo Pierre con Marie Léonnec, etc..., etc...».

Y, poco después, visitando por necesidades del servicio un prostíbulo de la calle Pasquier, creyó reconocer a una mujer joven que volvió la cabeza. Adela.

Eso fue todo. O mejor dicho, cinco años después, Maigret pasó por Quimper, vio en la puerta de su tienda a un comerciante de cordajes. Era un hombre joven todavía, muy alto que comenzaba a echar barriga.

Cojeaba ligeramente. Llamaba a un chiquillo de tres años que jugaba en la acera.

—¿No quieres venir, Pierrot? Tu madre te va a regañar...

Y el hombre, muy preocupado por su prole, no reconoce a Maigret que, por otra parte, aprieta el paso y vuelve la cabeza esbozando una extraña mueca.

Última revisión por UMDN: 24 de noviembre de 2021

